

Dona Ter Lara Rivendel

¡Felizcos
de Navidad



2 relatos

Indice

Indice

Muchas posibilidades

 Tres días para Navidad

 Dos días para Navidad

 Nochebuena

 Navidad

Agradecimientos

Pellizcos de Navidad

© Pellizcos de Navidad. Safe Creative (noviembre 2016)

© Diseño de cubierta: Dona Ter

Barcelona, España, 2016

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por email o prestamos públicos.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares es coincidencia.



Muchas posibilidades

Lara Rivendel

Con todo el dolor de su corazón, Paz pone su piso a la venta. Aunque entiende que cuando una etapa acaba lo mejor es empezar de cero, la llegada de la pareja interesada en comprar el piso le remueve emociones que creía olvidadas. La Navidad le demostrará que su vida, igual que su piso, tiene aún «Muchas posibilidades».

© Norma Estrella. Safe Creative (noviembre 2016).

Madrid, Navidad, 2016

Goyo: «Nos retrasamos un poco. Al posible comprador le ha salido un compromiso.»

Dejo el móvil en la mesa, aparto la cortina y me asomo a la ventana. La misma estampa de cada año por estas fechas, desde hace...

«¡Veinte años ya! No me lo puedo creer. Si han pasado en un suspiro.»

Las luces de Navidad de la Gran Vía brillan creando una serpiente azulada que baila alegre sobre los transeúntes. Yo, desde luego, este año no estoy para bailes ni para fiestas.

—Seguiré empaquetando —me digo. Suspirando, dejo caer la cortina y vuelvo al trabajo.

Mientras espero a que los posibles compradores —una pareja con los sueños intactos y toda la vida por delante— vengan a ver el piso, voy guardando en cajas los objetos de los que no soy capaz de desprenderme.

No me cunde nada porque, en realidad, no quiero acabar de empaquetar las cosas que Enrique y yo hemos acumulado a lo largo de estos veinte años. Bueno, las que él no se ha llevado, que son casi todas. El doctor Enrique Guerra, mi aún marido aunque por poco tiempo, se llevó lo que le cupo en dos maletas y no parece tener prisa por llevarse el resto.

Tomo el volumen de *Guerra y Paz* que me regaló durante nuestra primera cita y sonrío. Aunque me resisto, no puedo evitar abrirlo y leer la dedicatoria.

«Para Paz, de Guerra. Espero que seas el Yin de mi Yang. O al revés, tú ya me entiendes.»

Suspiro. Enrique es el hombre menos romántico que he conocido, pero en la primera cita se lució. A mis veintiún años, con mi título de enfermera recién estrenado bajo el brazo, que el médico más guapo del hospital me invitara a cenar fue un sueño hecho realidad. Tan embobada estaba que, cuando poco después descubrí que estaba embarazada, no entendí las caras de horror de mis amigas.

Por supuesto no quise escuchar a las que me aconsejaron que me esperara un tiempo antes de ser madre. Me decían que antes de sentar la cabeza tenía que disfrutar de la vida, viajar, salir de noche... Otras me decían que Enrique me dejaría cuando se enterara; que lo mejor que podía hacer era librarme del bebé y no decirle nada. Pero, aunque era muy joven, cuando la vida me puso ante una encrucijada, tuve muy claro lo que tenía que hacer.

Dos días más tarde compartía guardia con Enrique. Aguardé a un momento de tranquilidad; le dije que lo esperaba en el dormitorio del personal y cuando él llegó, ilusionado ante la idea de un revolcón a medianoche, le comuniqué que estaba embarazada y que pensaba traer a ese niño al mundo. Le dije que el bebé era suyo, pero que si no había sitio para él en su vida, no lo forzaría a aceptarlo. Eso sí, si no tenía sitio para nuestro hijo, evidentemente tampoco lo tenía para mí.

Enrique tardó unos segundos en asimilarlo. Aunque es seis años mayor que yo, todavía no se había planteado formar una familia, pero reaccionó mucho mejor de lo que me había imaginado.

Me dijo que no estaba enamorado de mí, pero que yo le gustaba mucho y que no podría vivir tranquilo sabiendo que un hijo suyo crecía sin padre. Si tenía suficiente con esa base, me ofrecía su nombre y su protección para mí y para el bebé.

En aquel momento, me pareció lo más romántico que me había pasado en la vida; una declaración propia de una novela de Jane Austen. Estaba segura de que, con el tiempo, Enrique se enamoraría de mí como yo lo estaba de él y que, una vez que el bebé llegara al mundo, nuestra felicidad sería completa.

El embarazo fue bueno y el pequeño Enrique, un regalo del cielo. Fue el bebé más bonito que ha pasado por el hospital. Siempre que puedo, me paso por la *nursery* para ver a los recién nacidos y hasta ahora ninguno lo ha superado. Y no es amor de madre, ¿eh? Es que mi Quique es guapo a rabiar.

«Los álbumes de fotos de cuando era pequeño. No te vayas a olvidar de llevarte eso». Dejo el libro en la caja y voy al dormitorio de Quique, pero los recuerdos me persiguen allá donde vaya.

Cuando se me terminó el permiso por maternidad y volví al hospital, noté que algunas compañeras cuchicheaban a mis espaldas. Mi amiga Lola me contó que una enfermera que había entrado a trabajar durante mi ausencia iba presumiendo por ahí de acostarse con Enrique durante las guardias.

Aquella noche se lo pregunté a él directamente. Aunque lo negó, su cara me dijo que algo había habido.

Seguí adelante por nuestro hijo y, vale, sí, porque seguía loca por mi marido. Enrique ha sido el único hombre de mi vida; no me puedo imaginar la vida sin él. ¿Qué sentido tiene ahora la Navidad? Y luego vendrá mi cumpleaños, y luego el suyo, y en verano... ¿qué haré durante un mes entero de vacaciones?

Noto que empieza a faltarme el aire y, siguiendo las instrucciones de la psicóloga del hospital, me siento en la cama y respiro hondo.

«Día a día, Paz», me dijo. «No tienes que plantearte qué harás con el resto de tu vida. Eso no sirve de nada; sólo para angustiarte. Plántate las cosas cada día. Abre los ojos por la mañana y piensa que la vida te regala 24 horas para sacarles el máximo partido. Disfrútalas.»

—¡Qué fácil es decir eso cuando se está bien! ¿Cómo voy a disfrutar de esto? ¡Mi vida es una mierda, estoy sola y acabada! Tengo más desconchones que la pared del lavadero. Y dentro de dos meses me caen los cuarenta; sólo me faltaba eso, ya nadie me va a querer.

Noto que las dichosas lágrimas vuelven a aparecer. ¿Es que no se cansan nunca? Estoy harta de llorar, estoy harta de mí. No me extraña que Enrique y Quique se hayan marchado; si yo pudiera, también me abandonaría.

Me seco los ojos, me levanto y me acerco a la estantería. Cojo una foto enmarcada de mi hijo celebrando un triunfo deportivo y le doy un beso. Siempre ha sido muy deportista, como su padre. El momento en que nos anunció que le habían concedido una beca para estudiar Medicina en Canadá fue el principio del fin. Enrique lo felicitó dándole palmadas en la espalda. Hacía tiempo que no lo veía tan contento. Me imaginé que sería orgullo de padre al ver que su único hijo seguía sus pasos.

Yo lo felicité, claro, qué iba a hacer, ¡se le veía tan ilusionado! Pero mi alma empezó a gritar en silencio y, desde entonces, no ha parado. Quería gritar que no, que no se llevaran a mi pollo, que aún era muy pequeño para saltar del nido y que ¡cómo iba a vivir en Canadá con lo fríos que tiene siempre los pies en invierno!

Vuelvo al comedor, monto un par de cajas de cartón más con ayuda de cinta de embalar y vuelvo a la habitación de Quique para guardar los álbumes de fotos.

«Ni se te ocurra abrirlos si no quieres que los compradores te encuentren hecha un charco.»

El anuncio de Quique fue sólo el primer capítulo de la novela *El otoño en que Paz perdió la paz*. Cuando Enrique y yo dejamos a nuestro pequeño —ya no tan pequeño— en el control de seguridad del aeropuerto, él me invitó a tomar algo en la cafetería. Me extrañó que no esperara a llegar a casa para comer, pero pensé que los nervios le habrían dado hambre.

Cuando nos sentamos, me dio un pañuelo y me soltó a bocajarro que quería el divorcio. No fui capaz de hablar; el shock me dejó muda. Enrique tendrá sus cosas, pero de tonto no tiene un pelo. Lo había planeado todo perfectamente. Sabía que el disgusto por la marcha de Quique me dejaría en K.O. emocional y que no me quedarían fuerzas para montarle un numerito en público.

Como si estuviera dando una charla en un congreso, me fue enumerando sus razones. Sin usar esas palabras, me acusó de inconsciente por haberme acostado con él sin protección durante la primera cita y me dijo que había estado conmigo mientras Quique había sido menor de edad, pero que ahora que el niño ya era un hombre y que ya volaba sólo, él se había ganado el derecho a hacer lo mismo. Me echó en cara haberle robado su juventud y dijo que ahora que aún le quedaban unos años buenos por delante, no iba a malgastarlos a mi lado.

A ver, Enrique es un capullo considerable, cada día que pasa me doy más cuenta, pero en aquel momento no fue fácil porque en mi cabeza siempre había sido el hombre perfecto. Y cuando el hombre de mi vida me acusó de ser una molestia, un lastre, me sentí como un coche pasado de moda, de esos que te llevan a los sitios pero que no tienen extras molones. Me hizo sentir que llevaba veinte años haciéndome un favor, conformándose con estar a mi lado pudiendo estar con mil mujeres más interesantes que yo.

Me dijo que había cumplido la promesa que me hizo cuando me quedé embarazada, que a Quique no le había faltado de nada y que así seguiría, pero que sentía que su deuda ya estaba saldada; que era un hombre libre y que tenía derecho a empezar a vivir la parte interesante de su vida.

Mientras yo boqueaba como un pez y miraba a lado y lado buscando la cámara—porque aquello no podía ser real, tenía que ser una cámara oculta—, Enrique me clavó la puntilla.

«Aunque ahora no te lo parezca, te estoy haciendo un favor», me soltó. «Ya estás hecha polvo por el traslado de Quique, así que de un solo golpe lo matas todo.»

«Eres tú el que me está matando, cabrón», quise gritar, pero no me salió la voz. «Con tu frialdad de cardiólogo, como si estuvieras en un quirófano con un bisturí en la mano.»

«Pasarás unos días flojos, pero cuando te recuperes, podrás seguir adelante con tu vida», añadió con condescendencia. «Total, igualmente te habrías pasado la Navidad llorando por los rincones porque el niño no va a volver tan pronto; empiezas un poco antes y ya está.»

Enrique se levantó y yo alcé la cabeza sin hablar. Sus palabras me habían arrancado la lengua y me estaban machacando el corazón.

«He quedado con unos amigos para participar en un torneo de pádel mixto», dijo antes de irse. «Te llevaría a casa pero eres muy dependiente, Paz; tienes que aprender a moverte sola por el mundo.» Sentí que me clavaba un nuevo puñal, esta vez en la espalda. «Estás a punto de cumplir cuarenta años. Es hora de que te espables. Pide

hora a la psicóloga; no lo dejes. Y ya de paso, pide hora en algún salón de belleza, Paz, de verdad, que parece que vayas a cumplir cincuenta en vez de cuarenta.»

Lo miré hasta que desapareció entre la multitud. No sé cuánto tiempo estuve sentada en la mesa de la cafetería del aeropuerto. Sé que en algún momento hasta me pareció que Enrique tenía razón; que me había abandonado, que estaba hecha un desastre y que no entendía cómo un hombre de éxito como él había aguantado tanto tiempo a mi lado. Pero luego una palabra empezó a abrirse camino en mi mente, como si fuera un piolet atravesando una gruesa cascada de hielo. Cuando al fin logró hacerse oír en medio de los gritos de desesperación de mi alma, la distinguí: «Mixto... mixto... pádel mixto... campeonato de pádel mixto.»

«¡Será cabrón!», exclamé levantándome y yendo a buscar el metro.

Ése fue el primer día de mi nueva vida, una vida que supongo que tendrá algún sentido aunque, tres meses más tarde, aún no se lo he encontrado.

Enrique y yo seguimos trabajando en el mismo hospital y, tras dar varios chascos a presuntas amigas que empezaron a rondarme como buitres, parece que la gente ha entendido que no me interesa saber nada sobre la joven y esbelta ginecóloga aficionada al pádel con quien está saliendo Enrique. A menos que las noticias sean que se ha ido a trabajar a una base en la Antártida... y que se han quedado sin combustible para calefacción. ¡Qué pena! ¡Qué triste se iba a quedar mi marido!

No, lo siento, aún no me sale llamarlo mi ex. El proceso de divorcio sigue su curso y todo está yendo tan rápido que no me extrañaría que Enrique hubiera puesto el tema en marcha antes de hablar conmigo, pero hasta que no estén firmados los papeles no tengo por qué llamarlo mi ex.

Cuando la abogada nos aconsejó un divorcio de mutuo acuerdo, Enrique exigió que vendiéramos el piso y que dividiéramos el dinero de la venta al cincuenta por ciento. Siento que forma parte de su venganza por «haberle robado su juventud».

—¡Qué cretino! ¡Como si yo fuera un vampiro! Se llama convivencia, señor doctor. Los dos aportan, los dos reciben. ¡Si no tenías suficiente, haberlo dicho antes! ¿Por qué me haces pagar a mí tu hipocresía?

El caso es que, diez días antes de Navidad, en vez de sacar del trastero los adornos navideños, estoy metiendo en cajas los recuerdos de toda una vida porque esta misma tarde una pareja muy interesada viene a ver el piso.

Goyo, el chico de la inmobiliaria, está siendo de gran ayuda. No sólo me ha asegurado que buscará a alguien que cuide bien de mi casa, sino que también me ha buscado otro piso para mí sola, uno pequeño, de veinticinco metros cuadrados, en una finca que hace esquina entre la calle de los Estudios y la del Duque de Alba.

El barrio de La Latina me encanta, hay mucha vida; por las noches tal vez demasiada, pero el dormitorio da a un patio interior y en estos momentos lo que me quita el sueño no es el ruido, para qué nos vamos a engañar.

Me encantan las tiendas; tienen unos nombres tan poéticos. Dos me robaron el corazón: una librería llamada Traficantes de sueños y una cafetería, El secuestrador de besos. ¡Parecen nombres de novelas de ésas que te sumergen en otros mundos!

En un barrio con comercios como esos, luego pasa lo que pasa. Cuando Goyo me acompañó a ver el piso, dos chicas me pidieron que les hiciera una foto delante de una puerta bastante destartada. Se la hice, claro y luego miré a Goyo y me encogí de hombros. Él se echó a reír y me dijo que me acostumbrara, que ésa era la puerta por donde se entra al Ministerio del Tiempo, una serie de televisión que no he visto nunca, pero que al parecer se está convirtiendo en un lugar de peregrinaje para... ¿cómo lo dijo? ¡Ministéricos!

Tal vez debería empezar a ver esa serie. A veces creo que eso es lo que necesito, una máquina del tiempo que me haga retroceder veinte años para poder vivir mi vida de nuevo, sin equivocarme. Pero la psicóloga dice que no debo pensar así. Que la vida está formada por aciertos y errores. Que no hemos de renunciar a nada de lo vivido; sólo aprender y mejorar.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no me doy cuenta de que llaman a la puerta. Cuando insisten, me espabilo de un brinco.

—¡Voy! ¡Ya voy!

Al abrir, me encuentro con la sonrisa radiante de Goyo, vestido con un traje gris marengo, un abrigo negro y un foulard en tonos negros, grises y camel. ¡Qué guapo es ese chico! ¡A una le vienen ganas de comprarse un piso cada semana sólo por verlo sonreír!

A su lado está la clienta. Arranco la mirada de Goyo para saludarla e invitarla a pasar. Es una chica de unos veinticinco años, alta y guapa, que me recuerda un poco a Carolina Cerezueta. Entra en mi casa como si ya fuera suya, lo que, la verdad, me molesta un poco.

«No te pongas a la defensiva, Paz. Esto no va a ser fácil, ya lo sabías.»

—Señora Susaeta —me saluda Goyo—, le presento a la señorita Berta Beltrán. Berta, ella es la señora Paz Susaeta, la propietaria.

—Mucho gusto —me dice Berta sin mirarme, porque tras hacer un escáner visual del recibidor, ha entrado en el comedor para seguir con la exploración.

Goyo me mira y se encoje de hombros.

—Como ya le comenté, mis clientes están muy interesados.

«¿Clientes? ¿Me he dejado a alguien fuera?»

—Nando no ha llegado aún, pero me he cansado de esperarlo. No creo que tarde —me dice Berta que, aunque no me mira, parece leerme la mente—. Más le vale no tardar.

Noto un escalofrío que no tiene nada que ver con el fresco que ha entrado al abrir la puerta. Pensar en que el salón donde tantas tardes de domingo he pasado viendo películas de Disney como *Peter Pan* o *El rey León* con Quique pueda ser ahora el nuevo reino de esta Frozen madrileña no me hace mucha gracia.

«No puedes pensar así o no lo venderás nunca», me riño. «Y quiero estar fuera antes de que acabe el año. Año nuevo, vida nueva.»

En el tiempo que tardo en cerrar la puerta y entrar en el comedor, Berta ya ha pasado a la cocina.

—¿No tiene sala de lavado? —me pregunta.

—Sí, el lavadero está ahí, tras esa puerta.

—No, no, digo sala de lavado, para la lavadora, la secadora, la máquina de plancha automática al vapor...

—Pues mira, no.

—Es lo primero que pondré. No pienso convertirme en una esclava de la casa. Tengo mejores cosas que hacer.

—¿A qué te dedicas? —La curiosidad me puede.

—Quiero ser interiorista, pero he empezado Arquitectura y no me gusta nada; es demasiado difícil. No entiendo para qué necesito saber todas esas cosas. He pensado que lo mejor será empezar por reformar mi propia casa. Iré enseñando las reformas en mi cuenta de Instagram y seguro que así consigo clientes antes de que mis compañeros acaben la carrera.

«Iniciativa no le falta», me digo.

—¿Y piensas hacer muchas reformas? —Miro a mi alrededor con nostalgia.

La chica resopla.

—Francamente, acabaré antes si te digo lo que no pienso tocar. —Se vuelve hacia Goyo—. Tenías razón, el piso es viejuno, pero tiene muchas posibilidades.

—¿Viejuno?! —exclamo.

—No se sulfure —dice Berta, abriendo un armario.

—¡No me hables de usted!

—No te sulfures —repite, como si nada, sacando los botes que usaba para hacer mermelada cuando salíamos con Enrique y Quique a buscar moras y madroños al monte.

Estoy a punto de gritar «no me hables de tú», pero me doy cuenta de que quedaría como una loca y me muerdo la lengua.

—Mira, ves —me explica Berta—, hay cosas salvables. Estos botes ya vuelven a estar de moda. No son viejunos, son *vintage*. Son perfectos para tomar copas. Voy a hacerles una foto, si no te importa.

«Respira hondo y suelta el aire lentamente», me aconsejo.

—No, no claro, haz, haz...

—¿Te enseño la terraza? —sugiere Goyo.

—Un momento, que subo la foto. Así. Le pongo un filtro Valencia y... perfecto, ¡super cuqui! Anda, mira, Nando ya está aquí abajo. Pregunta qué piso es. ¡Será despistado, se lo he dicho mil veces! Anda, ábrele la puerta.

—Eeeh, sí, voy.

Mientras Goyo le enseña la terraza a Berta, yo espero al chico en el recibidor.

En otras circunstancias, Berta me habría caído bien. Me gustan las chicas decididas, con carácter. Como enfermera, has de ser una pasta especial; si eres delicada, no aguantas mucho. Es un trabajo duro, pero muy agradecido. La gente se queda siempre con las agujas o los lavados, pero ser enfermera significa mucho más que cuidar del cuerpo de las personas; también les cuidas el alma. Lo que pasa es que ver esa determinación en la mirada de la chica mientras observa mis paredes me pone un poco nerviosa.

La puerta del ascensor se abre y el tal Fernando sale a toda prisa, con un montón de papeles debajo del brazo, sujetando el móvil con una mano y apartándose el pelo de la cara con la otra.

—Entretenlos, por favor. Llego en un rato. ¡Uuups!

No sé qué ha pasado. Supongo que el expreso Fernando me ha arrollado porque estoy en el suelo, mirando hacia arriba. Y el golpe en la cabeza debe de haber sido de los fuertes, porque la cara que se inclina sobre mí y me mira con preocupación no puede ser real, tiene que haber salido de un anuncio.

—¿Estás bien?

—¿Eh?

Aturdida, levanto la mano y le aparto el pelo de los ojos en un acto reflejo. Él parece sorprendido por mi reacción, pero enseguida reacciona y me regala una sonrisa que le ilumina los ojos azules y hace que me olvide de que no estamos solos en casa. Por eso cuando Berta entra en el recibidor pego un brinco, como si nos hubiera pillado en falta. Él se contagia de mi sobresalto y se cae hacia atrás. Alargo la mano

para evitar el aterrizaje y él la agarra, pero al hacerlo los papeles que llevaba bajo el brazo salen despedidos por todo el recibidor.

Desde el suelo veo el pie de Berta, ideal en su bota de tacón, golpeando el suelo con impaciencia.

—Nando, ¿podrías dejar de perder el tiempo, por favor? Algunos estamos ocupados —dice y vuelve a desaparecer en el interior de la casa.

Fernando y yo reaccionamos a la vez. Nos ponemos de rodillas y recogemos los papeles que han caído, uno por cada lado. Al final, coincidimos recogiendo el último documento, que ha ido a parar debajo del taquillón. Nuestras manos se rozan y noto un chispazo, que me hace apartar la mano bruscamente. Mientras él se agacha para recoger el papel, yo me levanto y no puedo evitar hacerle un escáner de arriba abajo.

El pelo moreno le llega por debajo de las orejas. Lo tiene tan liso que el flequillo se le cae constantemente sobre los ojos y, como he podido comprobar, es tan suave como parece. Lleva una cazadora de cuero, tan negra como su pelo, y unos vaqueros oscuros. Para protegerse del viento que sopla con fuerza, se ha puesto una bufanda de cuadros azules y grises.

Cuando se levanta, me cruzo de brazos y me tapo la boca con la mano entreabierta, para que no me vea embobada, pero por su mueca divertida juraría que se ha dado cuenta de que le estaba mirando el trasero.

—Esto estaba debajo del mueble. —Me muestra uno de los cochecitos de Quique en la palma de la mano.

—Oh, era el coche favorito de mi hijo. —Acaricio la capota del escarabajo azul—. Se fue a estudiar a Canadá hace poco, debió de caérsele durante la mudanza. Se alegrará de saber que no se ha perdido.

Él vuelve a sonreír y abre la boca para decir algo, pero Goyo asoma la cabeza por la puerta y hace una mueca de disculpa.

—¿Señora Susaeta, señor Villalón? La señorita Berta pregunta si podrían darse prisa.

—¡Claro, ya vamos! —Por segunda vez tengo la sensación de haber sido pillada en falta—. Esto es el recibidor —le digo a Fernando, tratando de reconducir la situación pero sintiéndome un poco ridícula.

—Ajá —replica él, sin apartar los ojos de mí.

De no ser porque sé que voy hecha un desastre con los *leggings* negros, las zapatillas del Decathlon y el jersey de cuello alto negro que podría servirme de vestido por lo largo que me va, pensaría que le gusta lo que está viendo. Me llevo las manos a la cabeza de manera instintiva, para comprobar que no se me hayan soltado mechones

de la coleta que me he hecho para que no me molestara el pelo con la mudanza. Le hice caso al idiota de Enrique y me lo teñí; ahora lo llevo de color Castañas de Oregón o algo así. La verdad es que me gusta cómo me queda; me tapa las canas y me hace sentir más joven. Hasta hoy eso no me importaba mucho, pero la mirada de Fernando me está poniendo muy nerviosa. Hacía tiempo que no me notaba así, como si un ejército de hormigas me hubiera invadido y marchara triunfal por mis extremidades.

—Esto es el comedor, por allí se sale a la terraza y...

—¡Fernando! ¿Vienes o qué? —grita la dulce Berta.

Él se encoge de hombros, incómodo y se dirige hacia la voz de su novia, que viene de mi dormitorio.

—¡Mira, Nando! —exclama al vernos entrar—. El dormitorio es claustrofóbico, pero Goyo dice que podemos tirar las dos paredes. En esa habitación de ahí —dice, señalando hacia el dormitorio de Quique— pondríamos mi vestidor.

—Nuestro vestidor —la corrige Fernando.

—Sí, claro —Ella hace un gesto de fastidio con la mano—, no me interrumpas. Y en esa otra podríamos hacer un baño en suite, con bañera-jacuzzi como la de Adriana. ¿Qué te parece?

—¿Vais a tirar todas las paredes? —pregunto, sintiendo como si quisieran derribar una parte de mí.

—¡Claro! —exclama Berta—. Goyo tenía razón, el piso es deprimente, pero está muy bien situado.

Miro al chico de la inmobiliaria, que me devuelve un híbrido entre sonrisa y mueca que me recuerda al emoticono del WhatsApp que enseña todos los dientes.

—Como dice Goyo —insiste Berta— el piso es muy céntrico, y tiene muchas posibilidades.

—Muchas posibilidades de quedar como Londres después de un bombardeo de los nazis —murmuro.

Al parecer Fernando me ha oído, porque se le escapa la risa por la nariz antes de encarar a su novia y decir:

—Berta, a mí el piso no me parece deprimente. Bueno, lo poco que he visto. ¿Te importaría esperar a que acabe de verlo antes de opinar?

—No hace falta; ya lo he visto yo. Al fin y al cabo, voy a ser yo quien me ocupe de las reformas y la decoración, ¿no?

Fernando se echa el pelo hacia atrás, inspira hondo y resopla, soltando el aire por una comisura de la boca.

—Ya. Y entonces, ¿se puede saber para qué me has hecho venir cagando leches? Ahora tendría que estar en una reunión con Alfredo. Hemos encontrado unos posibles socios inversores para la empresa. El pobre está entreteniéndolos hasta que yo llegue.

—¡No iba a venir sola! Es nuestro nido, Nando. Tenemos que sentar las bases de la convivencia.

—Ya sabes lo que pienso al respecto, Berta, pero —el chico mira incómodo a Goyo y luego a mí—, no son temas para hablarlos en público.

Goyo y yo hacemos intención de marcharnos para darles intimidad, pero Berta me agarra del brazo.

—No, no os vayáis. Cualquiera diría que tenemos algo que ocultar. Nando cree que deberíamos esperar para irnos a vivir juntos, pero yo pienso que esperar es una tontería. Mis padres están encantados de regalarme el piso. Es el momento perfecto para invertir; con la crisis la gente está vendiendo a unos precios de risa —Fernando me mira y agacha la cabeza, incómodo—. ¡Hay que aprovechar!

—Berta, sabes que ahora estoy volcado en la empresa. Además, te he dicho mil veces que no quiero estar en deuda con tus padres.

La chica pone los ojos en blanco y se vuelve hacia mí, buscando complicidad.

—¡Qué pesado es! ¡Que no es ninguna trampa, bobo! ¡Que nadie te va a obligar a casarte si no quieres!

—Muy tonto sería de dejar escapar a una chica tan guapa y con tanta visión para las buenas oportunidades —comenta Goyo, al quite.

Ella lo mira y pestañea, coqueta, mientras Fernando no sabe dónde meterse.

En ese momento, un aviso del móvil lo salva de uno de los momentos más incómodos que he presenciado en los últimos tiempos.

—Mira, Berta, Alfredo me está esperando. Hablamos luego.

Saluda a Goyo con una inclinación de cabeza y se vuelve hacia mí.

—Mucho gusto, señora Susaeta.

—Paz, llámame Paz.

—Disculpa las molestias, Paz.

—Nada que disculpar. Te acompaño a la puerta.

Sale a la escalera y al ver que el ascensor sigue allí, abre la puerta. Me mira y abre la boca como si quisiera decirme algo, pero vuelve a cerrarla.

—¡Suerte con esos inversores, Nando! —lo animo, levantando el pulgar.

Él me sonrío como antes, con los ojos brillantes, como si... como si yo le gustara.

«No seas ridícula. ¿Cómo le vas a gustar?»

—Gracias, Paz —me dice—. Sí, seguro que todo irá bien. Creo que vas a traerme suerte. Ah...

—¿Sí?

—Odio que me llamen Nando. Fer, llámame Fer.

—Claro, ¡suerte, Fer!

Cierro la puerta y me apoyo en la madera, suspirando. ¡Qué monada de chico! Pero, ¿por qué lo llama su novia Nando si odia ese diminutivo? No entiendo nada.

Cuando entro en el salón, veo que Berta y Goyo han vuelto a salir a la terraza.

—Qué frío, ¿no? —comenta Berta, arrimándose al chico de la inmobiliaria. Por como él le rodea los hombros con el brazo mientras le recita lo bien comunicado que está el piso, y le enumera los mercados y los colegios que hay en la zona, deduzco que pronto dejará de ser sólo el chico de la inmobiliaria y se convertirá en algo más.

No sé por qué me da tanta rabia; esas personas no son nada mío. Si todo va bien, les venderé el piso y no los volveré a ver nunca más. ¿Por qué entonces tengo tantas ganas de entrar ahí y de defender a Fernando a gritos?

—¿Os apetece algo? ¿Un té caliente? —pregunto en voz alta, para romper el momento romántico que están viviendo.

La pareja se separa de un brinco y yo sonrío por dentro.

—No, gracias, ya nos vamos.

Berta se despide tras sacar varias fotos de la Gran Vía y Goyo la sigue, asegurándome que todo va sobre ruedas.

—Enseguida que tenga novedades, te llamo, Paz. Buenas noches.



Pongo un cazo con caldo al fuego y me pongo a leer un rato. No me gusta recoger las cosas, pero hacerlo a oscuras es todavía más deprimente. Ya seguiré mañana.

«Tal vez Berta tenga razón», pienso, soltando el libro y mirando a mi alrededor. «Tal vez el piso sea deprimente, pero a mí me gusta; me parece acogedor, lleno de fotos y de recuerdos de todos estos años.» Suspiro. «O al menos me lo parecía. La verdad es que ahora lo que más me apetece es cambiarlo todo. Eso; creo que voy a hacer un Ikea: Redecora tu vida. Me voy a llevar lo mínimo y voy a dejar el pisito nuevo tan moderno que hasta Berta vendrá a hacerle fotos para colgarlas en su Instagram.»

Pensar en Berta hace que instantáneamente me vengan a la cabeza imágenes de Fernando... ¿Nando? No, Fer.

«Llámame Fer», oigo su voz acariciándome la mente y me imagino que sus manos me acarician otras partes del cuerpo.

Con una sonrisa bobalicona, me hundo en el sofá. Este chico me eleva la temperatura, me calienta la sangre, me quema por dentro. La fantasía es tan vívida que noto incluso olor a quemado. ¿Tantas telarañas se me han hecho ahí abajo que se están quemando como el polvo en los radiadores cuando los enciendes por primera vez al final del otoño?

—¡La sopa!

Me levanto corriendo y voy a apagar el fuego. Cojo el cazo con ayuda de un trapo. Está insalvable; el caldo se ha evaporado y las estrellitas se han convertido en ceniza estelar.

—Mierda, con lo que me apetecía una sopa caliente.

En ese momento llaman a la puerta y sin soltar el cazo, voy a ver quién es. Supongo que será Goyo que vendrá a darme la noticia de que la parejita feliz se queda el piso.

Abro la puerta con ímpetu pero en vez de a un chico trajeado me encuentro a Fernando, con su cazadora negra, su mechón rebelde y sus ojos azules como las iluminaciones de la Gran Vía.

—Fer, ¿qué haces aquí?

—Además de informático, soy bombero voluntario en mis ratos libres — responde, burlón—. Mi detector de cazos quemados me ha avisado de que me necesitabas —añade con una sonrisa irónica que me muero de ganas de borrarle a besos.

—Vaya, qué eficiencia. —Le devuelvo la sonrisa—. Em, pasa, pasa. ¿Cómo ha ido la reunión?

Cuando mira al suelo, me temo que la cosa ha ido mal, pero un instante después levanta la cabeza y casi prende fuego a la casa entera con el brillo de su mirada.

—¡Bien! ¡Muy bien! ¡Tienes delante al director y socio fundador de Escarabajo Digital Services!

Alzo los brazos, contagiándome de su alegría, y él me abraza por la cintura y me levanta del suelo. Grito por la sorpresa y él se echa a reír, feliz. Da un paso atrás y saca algo del bolsillo.

—¡El coche de Quique!

—Me lo llevé sin querer. A los inversores les gustaba todo menos el nombre de la empresa. Alfredo y yo estábamos de acuerdo en cambiarlo, pero no se nos ocurría nada que les gustara. Cuando, desesperado, me he metido las manos en los bolsillos,

he encontrado el coche. Lo he sacado sin saber qué era y lo he levantado. Al ver que todos me miraban, he improvisado. Les he soltado un rollo sobre que el escarabajo era el emblema que mejor simbolizaba el espíritu de la empresa: un coche sólido pero atractivo, por el que no pasan los años y... ¡voilà! Les ha encantado.

—¡Me alegro muchísimo! —Es imposible no contagiarse de su entusiasmo—. Pero, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no estás celebrándolo con Berta?

Cuando el brillo de sus ojos muere, me siento como una asesina y siento ganas de entregarme a la policía por homicidio en primer grado.

—Le he enviado un WhatsApp y lo ha visto, pero no me ha respondido. Supongo que se ha enfadado por lo de antes.

«O se ha ido a celebrar otras cosas con Goyo», pienso.

—Pero, ¡es tu empresa, tu sueño! ¡Tienes que celebrarlo!

Él me mira y, como Lázaro al tercer día, su mirada resucita.

—¡Tienes razón! Me he pasado los dos últimos años trabajando como un esclavo para esto. Trabajar está bien, sobre todo cuando haces lo que te apasiona, pero hay que celebrar los logros. Si no, ¿qué gracia tiene?

Asiento con la cabeza y levanto los dos pulgares para animarlo, pero cuando da una palmada veo que ya se ha animado solo.

—¡Venga, cámbiate! ¡Vamos a celebrarlo!

—¿Perdón?

—Que tienes toda la razón del mundo; estoy harto de que Berta me mangonee. Hoy es un gran día. Voy a celebrarlo y me gustaría mucho que fuera contigo.

—Aaah...

Fer levanta el dedo índice, me lo apoya en la barbilla y me cierra con él la boca. Me quita el cazo de la mano y lo señala.

—¿Prefieres cenar esto?

—Eeeh...

—Ya me parecía. Yo lo pongo en remojo. Tú cámbiate.

¡Dios mío de mi vida! ¡A ver si va a ser verdad que existen los milagros de Navidad! Estaba dispuesta a pasarme la noche leyendo y de pronto tengo una cita con el chico más guapo y encantador que he visto fuera de la tele y de los fanarts de Facebook.

Me meto en el baño, me recojo el pelo en un moño y me doy una ducha rápida. Me pongo unos pantalones de pana color vino, un jersey de cuello vuelto color hueso y mi vieja pelliza, tan cómoda y confortable.

Cuando vuelvo al comedor, ilusionada, me encuentro a Fer sentado en el salón, mensajeándose con alguien y se me cae el alma a los pies.

«Berta le ha respondido y se irá a cenar con ella. Normal, es como tiene que ser. Bueno, fue bonito mientras duró.»

Fer levanta la vista y la cara se le ilumina con la sonrisa más sincera y bonita que he visto nunca.

«¡Ah, el amor de los jóvenes! ¡Tan cambiante y volátil, quién lo pillara!»

—¡Guau! Estás preciosa. Y no has tardado nada en arreglarte; eres la mujer perfecta. ¿Será verdad que existen los milagros de Navidad? —bromea, repitiendo sin saberlo mis palabras de hace un momento.

—Me alegro de verte tan contento. Has quedado con Berta, ¿no? No te preocupes, yo este año no estoy de humor para la Navidad; prefiero quedarme en casa.

Él ladea la cabeza.

—No, Berta sigue pasando de mí.

—Ah, al verte sonreír pensé...

—No, estaba dándole la noticia a mis padres. Tengo poco tiempo para hablar con ellos. Mi madre me decía que estaban muy orgullosos de mí, que esa noticia era el mejor regalo de Navidad que podía darles... aparte de un nieto. —Se encoge de hombros—. Madres, ya sabes.

«Un nieto». Pienso en Quique y en lo probable que es que se enamore en Canadá y que forme una familia. «Si se enamora de una canadiense, ya no volverá. ¡Oh, no!».

Las emociones son demasiado intensas. O tal vez debería haberme esperado a salir a la calle para ponerme el abrigo; me estoy mareando.

—¿Estás bien?

Cuando me doy cuenta, estoy entre los brazos de Fernando, que me sostiene como si fuera una galleta de arroz inflado, de esas que ni pesan ni son galletas.

—Sí, no es nada. Es que hace mucho calor ¿no?

La mirada que me dirige no ayuda. Sus ojos brillan traviosos, pero también con deseo.

—Mucho calor, sí. Te diría que te quitaras ropa, pero entonces no saldríamos de aquí en mucho rato —murmura.

«¡¿Y dónde está el problema?!», grita mi útero, que está a punto de denunciarme por desatención y abandono de hogar.

—Y tengo unas ganas enormes de pasear bajo las iluminaciones de Navidad —añade, desarmándome con su sonrisa incendiaria—. ¿Vamos?

Logro controlarme lo suficiente como para no soltar un «contigo al fin del mundo» y me levanto.

—¿Estás bien? —Me pregunta. Al verme asentir con la cabeza, añade—: Pues mejor vas a estar de aquí a un rato.



No sé si además de guapo y atlético es vidente, porque sí, al cabo de un rato estoy en éxtasis.

Noto un placer que hacía ¡años! que no sentía. Con los ojos cerrados, echo la cabeza hacia atrás y, aunque estamos rodeados de gente, no puedo evitar gemir.

—Mmm.

—¿Te gusta? —me susurra al oído.

—Me encanta —digo, con la boca llena y me llevo la mano a la barbilla para no derramar ni una gota.

—¡Te lo dije! Es la mejor ensaladilla de Madrid. ¿Pido otra o prefieres croquetas? Bueno, da igual. Tomás, otra de ensaladilla, una de mejillones y una de croquetas — pide y lo miro arrobada.

Ese hombre no puede ser real. Seguro que me he quedado dormida en el sofá y esto es un sueño. Pero las sensaciones que me provoca al rozarme cuando se acerca a la barra para hacerse oír son de lo más real que he sentido en mucho tiempo. Tanto, que me doy cuenta de que durante estos últimos años he estado vegetando junto a Enrique.

«No, si al final va a resultar que me ha hecho un favor.»

No sé si son las tapas, la cerveza o el bullicio de la gente que abarrota los locales, pero estoy muy animada. Al salir a la calle, el frío hace que me arrime a Fernando, buscando su calor.

«Y tú criticando a Berta. Anda que, ya te vale», me riño, aunque enseguida me recuerdo que Berta tiene novio —y no cualquier novio, tiene el novio que querría cualquier mujer—. Yo, en cambio, estoy libre como un pájaro. No aprovecharme de la situación sería un crimen contra la humanidad.

«Di que sí», me jaleo, y aprovechando que él me abraza por los hombros, le meto la mano en el bolsillo de los vaqueros con el entusiasmo de un cormorán pescando.

Paseamos por calles y callejuelas y disfruto como una niña de las decoraciones de las tiendas y de las luces que alumbran las calles y las fuentes. Es curioso porque, sólo unas horas antes, esas mismas decoraciones me habían parecido artificiales,

hipócritas, puro consumismo. Ahora, tras haberme quitado el filtro negro que llevaba puesto sin darme cuenta, todo me parece mágico.

—¡Vamos a la Plaza Mayor! —exclamo, tomándolo de la mano y echando a correr.

La plaza está tan animada como siempre por estas fechas. La gente mira y compra, come y ríe. El movimiento de la gente, los gritos de los niños, el color rojo intenso de las casetas del mercadillo, la música... Todo contribuye a elevar los ánimos. Como dos niños, señalamos los tenderetes de artesanía, las figuritas de belén... Me encantan las figuras que tienen movimiento, me embobo mirándolas.

—¿Cuál te gusta más? Quiero comprarte algo de recuerdo de esta noche.

—No necesitaré nada para acordarme de esta noche —le digo con franqueza y él sonrío.

—Yo tampoco, pero igualmente, ¿qué te gusta más?

Los ojos se me van a unos abetos pequeños, del tamaño de los croquetones que nos hemos zampado hace un rato. Tomo dos arbolitos y mientras los miro, Fer ya los ha pagado.

—Vamos. Yo también quiero uno de recuerdo.

Le doy su arbolito y al meter el mío en el bolsillo de la pelliza noto que llevo el cochecito. Mientras paseamos de vuelta hacia la que aún es mi casa, lo meto disimuladamente en el bolsillo de Fernando. Si en casi cuatro meses Quique no me lo ha reclamado es que no lo ha echado de menos. Y Escarabajo Digital Services merece tener una mascota, aunque sea una mascota de las que no sueltan pelo.

A medida que nos acercamos al portal, se me despierta una inquietud que no sentía desde que, a los quince años, el hermano de mi amiga Marta me acompañó a casa después del colegio.

«Ay, Dios, ¿me besarás? ¿No me besarás? ¿Y si lo beso yo?»

Mis dudas de adolescente se disuelven como un azucarillo en el café cuando veo que Enrique sale del portal.

—Paz, ¿puede saberse dónde te habías metido? —me pregunta molesto—. He venido a buscar la guía de Venecia para irme estas vacaciones con Bárbara y no la he encontrado. Ahora tendré que volver a subir... —se interrumpe al darse cuenta de que el chico que caminaba a mi lado no pasa de largo—. ¿Y éste quién es?

—Fernando Villalón, mucho gusto.

—¿Eres amigo de Quique?

—No, soy amigo de Paz.

Enrique me mira y alza una ceja.

Yo lo miro y alzo una ceja.

Enrique se vuelve hacia Fernando, que alza las dos cejas.

Mi ex —curiosamente, ya no me cuesta nada llamarlo así— sacude la cabeza, se da la vuelta y me dice por encima del hombro.

—No puedo perder más tiempo; voy a buscar el coche. Tú mientras tanto ve a buscar la guía y bájamela.

Veo que Fernando está a punto de pararle los pies a Enrique, pero le toco el antebrazo para indicarle que no hace falta.

—Enrique, esa guía la compramos juntos; es tan tuya como mía y no tengo ningunas ganas de ir a buscarla. Pienso quedarme justamente donde estoy porque el cuerpo me pide que le dé a Fernando un beso de película. Así que, si quieres irte a Venecia, buen viaje. Seguro que en el aeropuerto encuentras guías, pero a mí no me marees porque, al igual que tú, no puedo perder más tiempo.

No sé si Enrique me mira o no porque, al parecer, el cuerpo de Fernando le pedía lo mismo que el mío. En cuanto acabo de hablar, me toma la cara entre sus grandes manos y me planta un beso apasionado en los labios. Un beso seguido de otro y de otro que me dejan aturdida y feliz como nunca antes lo había sido.

No es que no hubiera sido feliz antes, pero las anteriores veces lo daba por hecho; sentía que era la ración de felicidad normal que me tocaba como ser humano. Tras la marcha de Quique y de Enrique, pensé que el resto de mi vida iba a ser un largo y solitario otoño. Pero esta noche lo cambia todo. Siento que estoy más viva que nunca y se lo debo a este maravilloso hombre que me está mirando como si no pudiera creerse lo que nos está pasando.

«¿Lo que nos está pasando? No seas ridícula. Disfruta del momento y no esperes lo que no es. Él volverá con su novia y tú...»

—¿Qué haces este fin de semana? —me pregunta, acariciándome las mejillas, interrumpiendo mi autosermón.

—Eeeh, yooo... —Los besos compartidos me han activado varias partes del cuerpo pero se han cobrado un peaje: mi cerebro ha dejado de funcionar. «¡Bah! Tampoco lo usaba tanto.»

—Perfecto. Te recojo el viernes a las seis. Prepara una bolsa con ropa de abrigo.

—¡Fer! —lo llamo, pero ya ha echado a correr calle abajo.

—Tengo un montón de cosas que arreglar —me responde desde la distancia—. El viernes responderé a todas tus preguntas, te lo prometo. —Me lanza un beso con la mano y desaparece.



Dos días más tarde, cuando llaman al timbre de la calle, pego un brinco. Me tocaba turno de noche, pero ayer le pedí a Julio, mi compañero de planta, que me lo cambiara y él aceptó sin hacerme preguntas. Lo único que me ha dicho hoy, al despedirse guiñándome el ojo, ha sido que me lo pase bien. He acabado el turno a las tres y he vuelto a casa corriendo. Llevo una hora lista, con la bolsa preparada, sin saber si Fernando vendrá a buscarme o si todo ha sido una locura, un bonito recuerdo de Navidad. Porque todo fue tan precipitado que ni siquiera nos intercambiamos los teléfonos. Y no iba a llamar a Goyo para pedírselo.

—Anda, baja —oigo la voz de Fer—. Estoy en la esquina.

Mientras bajo en el ascensor, me miro al espejo. Los ojos me brillan de excitación. «¿Estaré comiendo una locura? ¿Y si es un asesino en serie? Naah.»

Cuando llego a la esquina, la boca me llega al suelo. ¡No me lo puedo creer!

Fer me espera apoyado en un precioso Volkswagen escarabajo de color azul. En el techo, atado con cuerdas, va un abeto, pero es un abeto de tamaño natural, no de juguete.

—Te presento al nuevo coche de la empresa. ¿Te gusta?

Asiento boquiabierto.

Fernando está guapísimo con unos pantalones de color gris y un precioso jersey de lana azul marino donde me muero de ganas de enterrar la cara.

—¡Venga, vamos! —me anima, arrebatándome la bolsa de la mano y metiéndola en el asiento trasero—. ¡La chimenea de la casa de la sierra que he alquilado no se va a encender sola!

Un escarabajo azul, un abeto por decorar, una casa en la sierra, una hoguera y un hombre que me mira como si yo fuera un banquete navideño. ¿Qué más se puede pedir?

«¿A qué estás esperando? ¿A que acabe el sueño? ¡Venga, Paz, sólo se vive una vez!»

Me siento a su lado pero, antes de atarme el cinturón, debo aclarar algo.

—Fer, ¿has dejado a Berta?

—Iba a hacerlo, pero no llegué a tiempo: ella me dejó antes. —Se encoge de hombros—. ¿A que no adivinas con quién está saliendo?

Busco algún rastro de dolor en su mirada, pero no tiene el aspecto de alguien a quien acaban de romperle el corazón; más bien de alguien que se ha quitado un gran peso de encima.

—Déjame que piense —respondo, devolviéndole la sonrisa irónica—, ¿con Goyo tal vez?

Fernando se inclina hacia mí y me da un beso que me deja temblorosa y deseando llegar cuanto antes a la sierra.

—Guapa, sexy y lista. ¡Si es que lo tienes todo!

Volvemos a besarnos hasta que la bocina de un camión nos sobresalta. Nos separamos, riendo y pone el coche en marcha.

—¡Pisa a fondo ese trineo! —lo animo.

—¿Ansiosa por abrir tus regalos?

—Tú eres mi regalo, Fer, ¿no lo ves?

Él ilumina el coche con su sonrisa.

—Y tú mi milagro de Navidad —susurra contra mi boca y me da un beso rápido antes de arrancar.

Al llegar a la Gran Vía, un tipo raro vestido con una túnica blanca, un abrigo de pieles y una gorra de béisbol nos barra el paso y se acerca a nosotros con un cartel que clama contra el consumismo.

—¡Paz y Amor! —exclama.

—Mira, un profeta, sabe a qué voy a dedicarme este fin de semana. A hacerle el amor a Paz, digo... ¡Paz y amor, hermano, paz y amor!

Le doy un pellizco en la cintura por debajo del jersey de lana.

—¡Au! —protesta, sonriendo—. ¡Pellizcos en Navidad! Hay que ver, vamos a tener que empezar a trabajar en esa agresividad ahora mismo.

Aprovechando que el semáforo se ha puesto en rojo, me atrapa entre sus brazos fuertes y me funde a besos contra el asiento.

Me mira y me pierdo en el azul de uno de sus ojos. Levanto la mano para apartarle el pelo que le oculta el otro ojo. Saber que voy a poder acariciarlo tantas veces como me apetezca me hace sentir un burbujeo en el pecho. Es una sensación que hacía tiempo que no notaba. ¿Es posible? ¿Es... felicidad? Me aterra pronunciar la palabra por miedo a que la burbuja estalle y me dé cuenta de que todo ha sido un sueño de Navidad, pero no, no hay duda. La sonrisa que me achina los ojos ha tomado posesión de mi cara y no piensa irse a ningún lado. Tengo ganas de reír, de cantar, de bailar, de dar brincos en el asiento... y lo hago.

Él se echa a reír.

—¿Ves qué fácil es hacer feliz a un niño en Navidad?

Sus palabras me devuelven a la cruda realidad.

—No soy ninguna niña, Fer. El año que viene cumpliré...

Fernando me interrumpe con un beso.

—El año que viene llegará el año que viene —susurra contra mis labios con una voz tan sensual que podría estarme recitando el prospecto de un medicamento y me fundiría igualmente contra el asiento— y cuando llegue tu cumpleaños lo celebraremos como se merece, pero ahora vamos a disfrutar de este fin de semana. Unas Navidades anticipadas, sólo para dos. ¿Cómo lo ves?

—Creo, señor Villalón, que su plan tiene muchas posibilidades.

Me guiña el ojo y pone el coche en marcha.

—No lo dude, señora Susaeta, y pienso explorarlas todas.

Al mirar al frente, un destello azul capta mi atención. El escarabajo de Quique cuelga del espejo retrovisor. Ahogo una exclamación de sorpresa y lo sostengo en la mano con delicadeza.

—¡Lo encontraste!

—Lo encontré. Creo que es el regalo más bonito y generoso que me han hecho nunca.

—No es nada.

—Lo es todo. Era el coche de tu hijo y tú me lo regalaste antes de saber si volveríamos a vernos.

Fernando le ha atado al techo el arbolito que compramos en la feria. Es una perfecta reproducción en miniatura del coche donde vamos montados.

Me mira, me guiña el ojo y sigue conduciendo en silencio. Veo que traga saliva con dificultad y sé lo que siente porque a mí también me están ahogando las emociones. Bajo la mano y le pellizco el muslo. Él apoya la mano sobre la mía y la aprieta cariñosamente.

A veces, cuando los sentimientos son tan fuertes, las palabras no bastan para expresarlos. Esta sensación de haber conocido a la persona perfecta en el momento perfecto es demasiado grande, demasiado vertiginosa. Tal vez todo acabe antes de san Valentín, pero tal vez dentro de veinte años sigamos juntos. Nadie puede saberlo pero, al igual que él, estoy dispuesta a explorar todas las posibilidades que nos ha dado este milagro de Navidad.

Con las manos unidas, avanzamos entre el tráfico. Cada persona con la que nos cruzamos carga con su historia. Muchos de ellos estarán llorando por dentro, echando de menos a un ser querido que ya no está, sintiendo que la Navidad ha perdido su brillo.

Abro la ventanilla. Necesito decirles que no pierdan la fe, que todo puede cambiar en un instante, que los milagros existen.

—¡Feliz Navidad! —grito—. ¡Feliz Navidad a todos!

Los peatones que pasan por mi lado se sorprenden, pero pronto se contagian de mi espíritu navideño y me devuelven los buenos deseos. Me vuelvo hacia Fer, insegura. Apenas lo conozco. ¿Y si se avergüenza de mí?

El amor con que me está mirando me da la respuesta que necesito.

—Feliz Navidad, preciosa.

La sensación de que se ha producido un milagro es tan fuerte que me abruma. Al cerrar los ojos, lo veo todo claro al fin: la Navidad no puede existir si no encuentra un campo abonado de amor donde echar raíces. No importa quién sea el destinatario pero, sin amor, el brillo de la Navidad se apaga.

La felicidad no me cabe en el pecho y se desborda en forma de un par de lágrimas que me caen por las mejillas, reflejando las iluminaciones navideñas. Llora y río a la vez; siento a borbotones. Las luces de Navidad se extienden ante nuestros ojos formando la serpiente azulada que tantos años he contemplado desde mi ventana. Aunque días atrás me dolía verlas, ahora me da la sensación de que me guiñan el ojo, cómplices, y que bailan movidas por el viento, alegrándose por mí, por Fernando, por el amor que cambia de nombre y de forma pero que nunca desaparece de nuestras vidas.

—Feliz Navidad, Fer.



A tres postales del cielo

Dona Ter

Julio tiene treinta y dos años y nunca había deseado algo con tanta fuerza para Navidad. Su deseo tiene nombre de mujer: Abril.

La magia de esas fechas señaladas y la historia de un viejo pintor callejero serán sus cómplices para conseguir lo que anhela.

☑ Safe Creative (noviembre 2016).

Tres días para Navidad

Tres días para Navidad, y, en lugar de estar en el otro lado del charco conociendo a su primera sobrina, estaba en un hospital de Madrid, ciudad donde se había mudado hacía solo un mes.

—Vamos a subirte a planta —le dijo un auxiliar de voz suave.

Abril intentó hablar, pero tenía la boca pastosa y le costaba, así que al final sólo asintió e hizo un amago de sonrisa. La taparon con una manta y al cabo de cinco minutos entraba en una de las habitaciones. Se alegró al ver que le tocaba el lado de la ventana. Al menos podría entretenerse mirando por ella. Debía de ser tarde porque, al fijarse, vio que sólo se veía oscuridad y la luz anaranjada de las farolas.

La trasladaron de la camilla a su cama, y aunque lo hicieron con mimo, todo su cuerpo magullado aulló lastimero. Ahí estaba, ese lugar donde pasaría buena parte de los próximos días. Las paredes estaban pintadas en blanco, o lo fueron en su época; el mobiliario, la cortina separadora con más de un respunte... Se notaba la falta de mantenimiento; por desgracia igual que en muchos de los centros sanitarios públicos del país. Lo único que llamaba la atención por el colorido y singularidad era el cuadro que presidía la pared frente a las camas. No era la típica litografía, se distinguían claramente las pinceladas, los colores daban vida a las hojas de los árboles, movimiento a las alas de las palomas.

«Qué bonito», admiró la recién llegada.

Los camilleros se despidieron mientras una enfermera le volvía a conectar el gota a gota.

—Hola Abril, soy Paz, hoy me han cambiado el turno y seré tu enfermera esta tarde. ¿Tienes hambre?

En todo el día no había comido nada, sólo el café que se tomó antes de salir hacia el aeropuerto junto con una tostada y eso había sido a las siete de la mañana. Intentó hablar, pero de nuevo la lengua se le pegó al paladar.

—Espera, iré a buscar un poco de agua.

Al cabo de unos minutos volvió con una manzanilla.

—Probaremos con esto a ver qué tal te sienta. Te he pedido algo suave para cenar —le comentó, al tiempo que le daba al botón y el mecanismo de la cama incorporó un poco por la parte superior del tronco de la paciente. Dio un sorbo, estaba caliente y aunque era una simple infusión, le supo a gloria.

—Gracias —llegó a balbucear.

Desde esa posición pudo observar un poco más su aspecto.

Tenía el brazo derecho enyesado porque se había roto el humero y la habían operado. En el izquierdo tenía algún moratón y una vía. En la frente llevaba un apósito porque había chocado contra la luna delantera y en la pierna izquierda le habían curado y cosido la herida transversal que se había hecho en la espinilla.

Con paciencia la enfermera le fue ofreciendo el vaso y ella fue bebiendo. Le contó que se encontraba en el Hospital Ministerio. La verdad era que no sabía ni en qué barrio de la ciudad se encontraba. Estaba algo desorientada. Ya no sólo por el accidente sino también por la anestesia y los calmantes. Además, no dejaba de ser una recién llegada en la capital.

—¿Sabes dónde están mi bolso y mis cosas? Debería llamar a mi hermana.

Paz se fue hasta el armario y volvió con él. Frente a Abril rebuscó hasta que lo encontró. Ella no podía moverse y bufó al darse cuenta que no podía hacer nada con un brazo inutilizado y con una vía en el otro. Eso la desesperó y sólo llevaba una hora... no sabía los días que le quedaban en esa situación.

La enfermera buscó el número en la agenda, marcó y le puso el teléfono en la oreja. Oír a su hermana Blanca la afectó más de lo que esperaba y le costó que su voz no delatara ni el cansancio ni la soledad que sentía. Tenía que parecer que no era nada grave. Sobre todo, porque sería ella la que le contara lo sucedido a sus padres cuando aterrizaran en Atlanta. La preocupación hecha persona, esa era su progenitora. Quería que disfrutaran de esos días, del viaje. Tenía que convencerlos de que podía quedarse sola mientras toda su familia estaba en Estados Unidos conociendo a Agatha. Las primeras Navidades de su primera sobrina, que tenía dos meses, e iba a perderselas. Quedaron en que su madre la llamaría en cuanto pudiera. Se despidió tragando el sollozo como pudo.

—Es normal, llora lo que necesites. Se ha acabado mi turno pero en nada tienes aquí la cena.

Al irse, el señor mayor que estaba sentado en el sillón al lado de su compañera de cuarto se acercó a ella.

—Me llamo Blas, si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmelo —dijo sacando un pañuelo de la caja y secándole las lágrimas.

Era mayor, se imaginó que sobre los setenta, y tenía la cara chata. Sus ojos azules aun conservaban un brillo especial. Le transmitió cariño y eso la reconfortó.

—Yo soy Abril, gracias. —Sonrió, agradecida.



Julio entró haciendo la ronda. No le gustaba nada el turno de noche, pero Paz se lo había pedido como un favor. Tenía una cita con el chico con el que había empezado a salir hacía poco y él, enterado de los rumores que circulaban por los pasillos sobre lo mal que lo estaba pasando por su divorcio con el Dr. Guerra, se lo puso fácil y aceptó.

Saludó a Blas con una palmada suave en la espalda y se acercó para darle un beso en la mejilla a su esposa. Eran dos viejos a los que era fácil coger cariño. Llevaban casi tres semanas allí. Epifanía se había caído en medio de la plaza con tan mala pata que se rompió la cadera. La primera operación se había complicado, luego una infección, volver a intervenir... pero parecía que poco a poco se iba recuperando bien.

Pasó la cortina y se acercó a la nueva paciente que estaba distraída y medio dormida, mirando por la ventana.

—Hola, soy Julio, tu enfermero de esta noche. ¿Qué tal ha ido la infusión?

Ella al oírlo volteó la cabeza. Su voz suave fue como una dulce caricia que le puso el vello de la nuca de punta. Lo observó detenidamente. Ojos verdes, moreno, con barba arreglada que escondía unos rasgos algo aniñados. El pijama blanco no ayudaba a hacerse una idea de su constitución, pero tiraba a delgado. Manos nervudas y brazos fuertes.

«Es guapo. Muy atractivo».

—Bien —murmuró sonriendo.

Él encendió otra luz ya que sólo había la de ambiente.

—¿Te atreves con la cena?

La paciente asintió.

El enfermero salió para volver al cabo de muy poco con la bandeja. Acercó la mesa y la destapó. El olor a sopa de verduras llenó el ambiente. Al ver que sería él quién le diera de comer refunfuñó de nuevo. Era una persona muy independiente y necesitar a alguien para cosas tan básicas la estaba carcomiendo por dentro.

—Tranquila, no pasa nada. Sólo son unos días, y es mi trabajo. —De hecho, sería algo más catalogado en las tareas de las auxiliares, pero estaban entretenidas con otra paciente tres habitaciones más allá y a él, lo de estar de brazos cruzados cuando había cosas que hacer, no le iba.

No sabía si se debía a algún efecto secundario o simplemente al hambre, pero encontró la sopa bastante buena para ser comida de hospital. Cuando terminó, él sonrió.

—¿Lo ves?, no es tan complicado.

—¿Sabes algo del resto?

Julio entendió al momento por quién preguntaba.

—Estáis todos fuera de peligro. Ha sido un accidente en cadena. Autopista, niebla y hielo en la carretera. Un milagro. Sobre todo, tú. Has quedado atrapada entre un camión y un Jeep.

—¡Mi pobre Pitufu! Era un escarabajo del año ochenta. Azul, más bonito... Fui expresamente a una aldea de Lugo a buscarlo hace diez años.

—No te preocupes por eso ahora. —Por lo que había oído en la televisión y las imágenes del reportaje estaba seguro que el vehículo era siniestro total.

El teléfono de ella empezó a sonar, Abril gimió porque sabía quién sería.

—Mi madre. —Julio descolgó y le puso el teléfono en la oreja, quedando muy cerca de ella—. Tranquila, estoy bien.

—Yo diría que impresionante —balbuceó él, y se avergonzó al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando notó la mirada de sorpresa de ella.

Abril tenía la cara pálida, ojeras, un apósito en la frente, los labios resecos... pero, a pesar de todo, Julio se sintió atraído sólo con verla. No sabía identificar aquello; no sabía si era atracción, ternura, ganas de consolarla... o una mezcla de todo.

—Tu padre ha ido hasta el mostrador de la compañía para coger el primer vuelo de vuelta.

—Mama, no. Estoy bien, no pasa nada. Quedaos ahí lo previsto, disfrutad de vuestra nueva faceta como abuelos.

—Pero hija, ¿no puedo dejarte allí sola!

—De verdad, hacedlo por mí. Ya me sabe bastante mal no estar con vosotros como para, encima, chafaros los planes.

—No digas tonterías. Pon la cámara, quiero verte.

—El teléfono está con la pantalla rota. No sé ni cómo consigue funcionar.

—Si quieres, te dejo el mío.

—¿Quién es? —preguntó Alicia, su madre, al oír una voz masculina.

—Hola, señora Puig —se presentó con naturalidad el enfermero llevándose el móvil a la oreja y dejando a Abril boquiabierta—, estaba dando la cena a su hija. Ahora la llamamos desde mi teléfono y así se queda usted más tranquila.

—Ves qué fácil era —dijo Alicia, antes de colgar.

—Lo siento, te pagaré la llamada.

—No pasa nada; es normal que se preocupe por ti. Espera, antes vamos a ponerte más guapa.

Se acercó a ella y con sumo cuidado la peinó un poco con los dedos. El cabello estaba bastante alborotado y tenía restos de sangre y sudor, pero hizo lo que pudo.

Abril notó como le subían los colores sólo con sentirlo cerca acariciándola con tanta dulzura y el olor fresco de la fragancia masculina envolviéndola.

—Ese color de mejillas te sienta mucho mejor —se burló él.

—Hueles bien —admitió.

—Axe Black —Y le guiñó un ojo.

Abril tardó cinco minutos en contarle de nuevo el accidente y lo que tenía, pero acabó convenciéndola de que no hacía falta que cogieran un vuelo de regreso. La llamaría cada día, eso sí. Lo que no dijo fue cuántas veces, y mucho se temía Abril que fuera a ser cada seis u ocho horas, como un antibiótico. También obligó a Julio a ponerse y jurarle que estaría pendiente de ella lo máximo posible. Pensó que hasta le pediría conocer a la señora de la cama vecina pero, por suerte, al menos en esa llamada no lo hizo.

Julio le fue dando trozos de tortilla mientras charlaban sobre ella y su familia.

—Está buena, pero tenéis que aceptar que con *pa amb tomaca* estaría mejor. No sé por qué la costumbre no se extiende como el sushi o el gazpacho. Pan solo o con aceite no es comparable.

—Te lo concedo. El mejor bocata de tortilla de patatas que he comido fue cuando fui al circuito de Montmeló a ver las motos, y era con tomate —aseguró él.

Le contó que llevaba un mes en la capital. Era informática y se había mudado obligada casi por la empresa si no quería perder el puesto como jefa de proyecto. Los recortes y la crisis habían provocado el cierre de una de las delegaciones y habían obligado a quedarse con una sola sede en la península. La verdad era que le apetecía un cambio de aires, y aunque echaba de menos Barcelona, estaba contenta con el traslado. Eran dos hermanas. Nieves tenía treinta y siete años, seis más que ella y era veterinaria. Llevaba casada con un americano, Jack, diez años y vivían en Tennessee.

—Sí, en un rancho, con caballos, sombreros y todo. Jack se burla porque es a mí a quien le gusta la música *country*.

Aunque Julio se habría quedado allí toda la noche, cuando terminó de darle la cena la ayudó a tumbarse.

—Si necesitas cualquier cosa te dejo el timbre aquí —dijo dejándolo cerca de su mano izquierda—. Descansa.

Antes de salir bajó la intensidad de la luz. Iba a correr las cortinas, pero ella le pidió que las dejara así.

Abril suspiró e intentó relajarse. Estaba agotada, pero al mismo tiempo era como si la adrenalina por el accidente y lo vivido aún corrieran por su sangre. Demasiadas emociones durante todo el día. Al cerrar los ojos el ruido de los frenos del Jeep inundó su mente. Todo pasó muy rápido; ni recordaba cómo. De pronto estaba sin poder moverse. No sabía ni las horas que había pasado allí hasta que los bomberos consiguieron sacarla de entre los amasijos en los que se había convertido su coche. Mientras le curaban la herida de la frente y quitaban los cristales que aún tenía incrustados le contaron lo sucedido: lunes, ocho de la mañana. Un tráiler había volcado en medio de la calzada. Coches intentando frenar. Niebla impidiendo la visibilidad. Choque en cadena. Más de treinta heridos. Por suerte, como había dicho Julio, todos estaban fuera de peligro.

La vía le molestaba, intentó moverse para encontrar la postura pero un dolor horrible en las costillas la hizo jadear. Tenía dos rotas por el impacto contra el volante y un latigazo en el cuello.

La vieja pareja hacía coro de ronquidos y eso aumentaba su nerviosismo. Al final, cansada, llamó al timbre y Julio entró al instante.

—Me duele la vía, se me clava. ¿Es posible cambiarla de sitio, en la mano, por ejemplo? Que me dé algo de movilidad.

—Claro, esta es la que te han puesto de urgencia. Ahora vuelvo.

Encendió la lamparilla, corrió del todo la cortina y le cambió la vía de sitio con tanta facilidad que ni sintió el pinchazo.

—Gracias.

—Diría que tu cuerpo se está despertando de la anestesia, ¿no? —le preguntó al ver en su cara muestras de dolor y la paciente asintió.

—Me siento sucia, dolorida. Nerviosa...

—Voy a buscarte un calmante.

Volvió y lo inyectó en el suero. Poco a poco iría relajándose. Se fue al baño y mojó una de las esponjas jabonosas.

—Mañana ya te lavarán, ahora sólo te refrescaré un poco.

—Gracias.

—Deja de darlas, es mi trabajo.

Abril se dijo que sería efecto de su estado y de las emociones a flor de piel, porque no entendió que esa simple frase le doliera. Más que por la frase en sí, era que la dulzura con la que la trataba formara parte de su trabajo y no fuera nada especial.

Julio ya se iba cuando lo volvió a llamar.

—Sé que es pedir mucho —carraspeó antes de seguir—, pero ¿podrías quedarte hasta que me duerma?

No pudo negarse. Ya no sólo por el ruego, que le estremeció, sino porque la veía tan indefensa, que unas ganas locas de mirarla y cuidarla despertaron en él. Esa chica tenía algo que lo hechizó. Cuanto más cerca estaba de Abril, más le gustaba. Algo lo atraía, no sabía el qué, y sólo deseaba descubrirlo.

Acercó el sillón haciendo el mínimo ruido y se sentó a su lado.

—Me he quedado sin Pitufo. Sin Navidad. Sola. —Por instinto puso la mano sobre la de ella, rozándole los dedos.

—Ha sido un accidente. Te pondrás bien y aquí siempre habrá alguien para atenderte.

—La banda sonora es impresionante —comentó ella, cambiando de tema refiriéndose a los ronquidos que hacía la pareja.

—Tienes a la mejor compañera de toda la planta y probablemente del hospital.

—Perdona que ahora mismo ponga en duda tus palabras.

—Espera a mañana y ya me dirás.

—¿No es algo mayor para pasar la noche en un sillón? —preguntó ella mirando hacia Blas, que estaba tapado con un manta.

—No hay quién lo mueva de su lado. Sólo se va a casa después de comer. Hace una siesta, se ducha y vuelve para la merienda. Y todo porque sabe que ella dormirá un poco y luego está pendiente de la novela. Pasan así la noche, durmiendo cogidos de la mano.

—Es bonito —admitió ella y bajó la mirada hacia sus manos enlazadas. En lugar de apartarla, él le dio un pequeño apretón. No pudo más que buscar sus ojos y sonreír coqueta.

—Gracias —en esas siete letras escondió una sincera gratitud. «Gracias por estar aquí, por mirarme de esa forma que me calienta el alma y que me hace sentir menos sola».

El medicamento fue haciendo efecto, la respiración cada vez era más calmada y al final los parpados de Abril se cerraron. Julio se levantó sin hacer ruido y aunque una fuerza lo arrastraba hacia ella para besarla en la mejilla se detuvo.

Pasó el resto de la noche yendo y viniendo de la habitación. Contemplándola dormir.

Dos días para Navidad

Julio nunca había tenido tantas ganas de ir a trabajar. Se fue a casa sin ganas aquella mañana. Se hubiera quedado allí, pendiente de la habitación 412 y de ella. Toda la noche despierto trabajando y al llegar a casa, a su cama, le fue imposible conciliar el sueño, los ojos azules de la morena los tenía tatuados en la retina.

A las doce ya estaba de nuevo en pie. Después de una larga ducha salió hacia el hospital; no le quedaba muy lejos de casa y a pesar del frío, el sol brillaba y prefirió ir a pie. Le gustaba el ambiente de la Latina a cualquier hora. Se detuvo a desayunar en el café de la esquina del hospital. Se llamaba El secuestrador de besos y le encantaba ese local. Pidió un pincho de aguacate y atún y una cerveza; los nervios le quitaban hasta el apetito.

—Cuanta alegría —saludó el enfermero entrando en la habitación.

«Dios, qué bonita» jadeó para sí Julio. El cuerpo curvilíneo femenino se perfilaba bajo las sábanas y le pareció demasiado tentadora. Le habían lavado incluso el pelo. Ahora su melena morena estaba recogida en una trenza que descansaba sobre su hombro hasta rozar su pecho generoso. Cuando se dio cuenta hacia donde se iban sus ojos se recriminó él mismo y se obligó a centrar la vista un poco más al norte, pero tampoco fue buena idea. Tragó saliva cuando se demoró en los labios, que pedían a gritos ser saboreados durante toda su vida. Resignado, siguió subiendo hasta encontrarse con los ojos azules que durante toda la mañana le habían robado el sueño.

—¿Te conozco? —le preguntó ella y el enfermero empalideció de golpe. «¿No se acuerda?»

—Eh, soy Julio. Ayer estaba de noche...

—Oh ¡así que no lo soñé! —él dejó ir el aire que retenía sin darse cuenta—. Qué bueno. Tú Julio y yo Abril, como los meses. Y ellos son Epifanía y Blas, Epi y Blas, ¿lo pillas?!

—Creo que se han pasado con la dosis de algo —aseguró Blas—, está eufórica.

El enfermero sonrió al verla tan contenta. Parecía que sí se habían pasado con la dosis de calmantes. Eso, o a ella el efecto del extracto de opio le hacía estar muy graciosa.

—Tenías razón, son los mejores compañeros. ¡Mira, me ha traído chocolate y porras!

Cada tarde al volver al hospital, Blas se traía un termo de casa lleno de chocolate a la taza y algo para acompañar. Decía que ya era suficiente estar allí como para prohibirles el único capricho que se daban al día.

—Me alegro —afirmó. Ya no sólo por verla tan bien, sino porque saber que se habían entendido significaba que ella ya no se sentiría tan sola.

—Epi trabajó siempre en una joyería cerca del Rastro —empezó a contarle a Julio todo lo que había averiguado de ellos ese día—. Y él es pintor. Ha pintado este cuadro porque el que había era horrible. ¿No te parece impresionante? Es la vista desde uno de los bancos del parque donde suelen descansar al hacer su paseo matutino.

—Conocía la historia. Y sí, es impresionante —Abril se atragantó con su propia saliva porque ese “impresionante” no parecía referirse al cuadro por la forma tan sensual con la que la miraba el enfermero.

—Les he pedido que me adopten como nieta —dijo nerviosa, cambiando de pensamiento.

—Estábamos tratando los términos del contrato —comentó guasona Epi, encantada con su compañera de habitación.

La abuela era una mujer menuda de cabello rubio y corto. Ojos marrones y unos rasgos dulces como ella. Para la anciana pareja había pesado mucho en su relación no poder tener hijos y de pronto, compartían habitación con una joven que echaba de menos su familia —aunque su madre la había llamado ya dos veces al teléfono de la habitación y ella, con paciencia, había ido respondiendo a todas las preguntas— y acogía agradecida ese cariño que Epi y Blas le ofrecían.

—¿Fuiste tú quién me dejó el iPod? —preguntó la paciente a Julio.

Se había pasado toda la mañana entretenida escuchando música y leyendo el libro que guardaba en el bolso para distraerse en el avión.

—Sí. Pensé que, visto el estado de tu teléfono, podía servirte por si despertabas y no podías dormir —respondió, acercándose un poco para evitar que los abuelos lo escucharan y sonreír pícaro— ... y no tenía tapones.

—Me ha ido genial, pero... ¿sólo tienes jazz?

—¿No te gusta?

—Sí. No conocía mucho, pero sí.

Con familiaridad, él se sentó en la cama y cogió el reproductor en busca de una canción. Oyó como los abuelos cuchicheaban y al mirar hacia ellos, con una sonrisa cómplice, desviaron la vista hacia la televisión concentrando toda su atención en la novela.

—¿Qué te parece? Es mi favorita. —Escucharon en silencio, cada uno con un pinganillo.

—A mí me han gustado estos.

Sonrió al oír la siguiente canción.

—Ese es mi grupo —la informó ufano—. Toco el clarinete.

—¿En serio? —Y por su cara Julio entendió que esperaba una explicación.

—Soy un tío raro, qué le vamos a hacer. Soy bastante pasota con todo, pero cuando algo se me cruza y siento esa especie de palpito, sé que es para siempre. El día que cumplía cinco años mis padres me llevaron a una tienda de música, por eso de tener conocimientos en todas las disciplinas. Miramos pianos, guitarras, hasta un saxo, pero en una cabina había un señor mayor con barba blanca y sombrero; iba todo estrafalario y tocaba un clarinete. Su sonido me cautivó. Era como si el viento te recitara la melodía; no sé, me sedujo.

Abril lo escuchaba embobada, lo encontró más guapo de lo que recordaba. Si hasta cuando se despertó aquella mañana dudó de si había sido un sueño.

—Me encantaría verte tocar —afirmó ella.

—Te invitaré al próximo concierto.

Hablaron un poco más y Julio se disculpó, tenía que volver al trabajo. Ella hizo un puchero, pero al terminar, como si se hubiera dado cuenta que había sido demasiado expresiva, le sonrió.

—Claro, vete, estás trabajando.

—Vuelvo para la cena.

Cuando entró con la comida, sobre las ocho y media de la noche, ella estaba hablando por teléfono.

—Echo de menos el olor a pino. No llegué a poner el abeto porque como me iba... y ahora... y el coche siniestro total, si recupero el llavero ya es algo. ¡Joder qué rabia!

Y en aquella conversación a Julio se le encendió por fin la bombilla. Se había pasado todo el día buscando una idea. Quería hacerle un regalo para Navidad. Algo simbólico, pero no se le ocurría nada. Esperaba encontrarlo fácilmente, aunque ya se veía pasando toda la mañana del día siguiente de tienda en tienda, pero no pensaba desistir.

La ayudó con la cena y, aunque ya tenía mejor movilidad, la ayudó a cortar el pescado y le hizo compañía. Todo por estar unos minutos más juntos.

Nochebuena

—Oh, sí, me voy de paseo. ¡Por fin me levantan de la cama!

Esa misma mañana le habían quitado la sonda de la pierna porque no había supurado nada y, aunque no podía poner el pie en el suelo, sí podía levantarse. Abril se alegró al ver que el camillero se acercaba con una silla de ruedas para llevarla a hacer unas radiografías y Epi insistió en ponerle una bata suya. El tejido era como de forro polar, amarilla y floreada, la verdad es que era cantona, pero lo agradeció cuando salió al pasillo, sobre todo cuando la hicieron esperar unos minutos abajo en radiología. El día anterior le entregaron todas las pertenencias que había en el coche junto a la maleta, pero allí dentro no había nada que le sirviera para el hospital.

Mientras tanto en la habitación, Blas volvía después de recibir una llamada y bajar un momento a recepción. Sin decir nada, se fue hasta el armario y guardó un paquete bajo la atenta mirada curiosa de su mujer.

—¿Qué escondes? —le pidió ella.

—Nada, Papá Noel ha llegado, pero me ha dicho que, hasta esta noche, nada.

Epi ahogó un gritito como el de una niña esperando ansiosa. Tantos años y para Navidad siempre sabía cómo sorprenderla. Además, era la fecha más especial para ellos.

—Venga si igualmente ya lo tienes, no me hagas suplicar.

—Me gusta cuando me suplicas —admitió, meloso.

—Pero estoy en el hospital...

Así los encontró Abril al volver.

—¿Podría quedarme un rato en el sillón? Por favor... —dijo en un tono lastimero muy teatral.

—Voy a preguntar —contestó Edu, el auxiliar.

—Niña, ayúdame a convencerlo —pidió Epi a su compañera.

—¿A escaparnos y cenar en casa? Me apunto.

—Ah no, de aquí no sale nadie. Por una vez que voy a estar solo en una habitación cenando con dos bellezas, no vais a jorobarme el plan.

—Hoy hace cincuenta años que, como decís ahora, acepté “salir con él”. Tiene mi regalo, ahí, en el armario, pero dice que no me lo da hasta esta noche.

—Blas, eso es de ser muy despiadado. Ese sufrimiento no creo que sea nada bueno para ella. A ver si de la ansiedad le da algo y...

—Vaya dos. Si es que le ponéis a uno enfermo. No sé quién merece más una cama de éstas.

Entraron dos auxiliares para ayudar a Abril, sonriendo y afirmando con la cabeza.

—Os dejo solos un rato. Ha habido cambio de planes, Edu, ¿puedes coger el libro que hay sobre la mesita y llevarme a la sala de espera?

—Niña, no hace falta que te vayas —dijo el abuelo.

—Sí que hace falta. Lo necesitáis. Y yo también.

Cuando volvió al cabo de una horita encontró a Epi sentada en el sillón, llorando.

—Veo que ya tienes tu regalo.

Movieron su sillón junto al de la abuela y una vez instaladas, Blas las dejó solas y salió al pasillo.

«Sigues igual de vergonzoso», se dijo el anciano.

Epi, con el álbum sobre la mesa, empezó a pasar páginas y le explicó que era su historia.

—Era principios del sesenta y seis y tenía dieciocho años. Mi padre me consiguió un trabajo en la joyería de un amigo suyo. Me gustaba ir a pie, me quedaba relativamente cerca de casa y solía pasar por la calle de San Cayetano, aunque todo el mundo la conoce como la calle de los pintores. Me encantaba cruzarla admirando los dibujos, me sentía como en un museo. La llamaban el Montmartre madrileño, sobre todo los domingos. Una mañana, al pasar, uno de los pintores me entregó una postal pintada por él. Era un ramo de margaritas —pasó la página y le enseñó el dibujo— y lo tomé como un cumplido. Él era algo mayor que yo, delgado, con una boina marrón, camisa blanca, pantalones y tirantes a juego en negro. Y de pronto se convirtió en una costumbre. Nunca me decía nada, sólo sonreía avergonzado, como hace un momento, y me miraba con esos ojos azules que dicen tanto, al menos a mí. La situación era extraña, pero se me volvió una necesidad. Deseaba que llegara la hora de pasar por aquella calle y obtener su tarjeta. Siempre me decía que ese día me atrevería a decirle algo, pero llegaba el momento y solo podía sonreír, coqueta. Un paseo por el parque del Retiro, otro dando de comer a las palomas, tomando un chocolate, yo de espaldas alejándome de su lado, una pareja mirando a la luna desde diferentes ventanas... ¡Si hasta me negué a irme de vacaciones sólo para no perderme esos encuentros que no duraban ni cinco minutos! Y poco a poco, las imágenes se fueron haciendo más íntimas. Un roce de manos. Mi sonrisa. Cogidos del brazo paseando por la Gran Vía. Una pareja bailando bajo la luna y el nombre de la canción *Sound of Silence* de Simon & Garfunkel y eso la convirtió en nuestra canción. Día tras día sin siquiera haberle oído

su voz, me relataba a través de esos dibujos una vida juntos. Nuestra primera Navidad. Unas alianzas. Viajar. Hijos. Envejecer.

—Es lo más bonito que he visto y oído en toda mi vida.

—Aguanté hasta tal día como hoy, cincuenta años atrás. Esa mañana negué con la cabeza al ver que iba a entregármela, y fui yo quien le dio una. Pasé días para dibujarla y la repetí como unas veinte veces. —Pasó llegando al final del álbum. En ella, se observaba un reloj marcando las ocho de la tarde, la fachada de la joyería y un hombre de espaldas, esperando.

Julio fue a entrar en la habitación y se las encontró llorando y riendo. Blas, que esperaba fuera, se acercó y los dos se quedaron en el vano de la puerta.

—¿Ha pasado algo?

—No, sólo están mirando mi regalo de Navidad.

—Pues parece que tengo que aprender de ti, vista la reacción.

—¿Envidia? —se regodeó el anciano.

—Joder, mucha —se sinceró—. Sólo espero llegar a conseguir algo como lo que tenéis. Y si es con ella, sería el hombre más feliz del mundo.

—Después de mí, muchacho, después de mí. ¿Te gusta?

—Me tiene loco —admitió sin vergüenza.

—La seducción es la forma humana de acoplarnos. Puede durar días, meses, años... aunque ahora vuestra generación lo haga en horas... Yo pasé doscientos cuarenta días entregándole cada mañana una postal pintada a mano retratando un momento que me gustaría vivir con ella.

—Yo no puedo esperar tanto, ella es lo único que quiero esta Navidad. ¿Me prestas tú idea?

—Si me prometes que seremos los padrinos de la boda.

—Padrinos, abuelos de nuestros hijos... lo que pidáis.

En agradecimiento, abrazó al anciano por los hombros y se fue contento y silbando hacia el mostrador de enfermería. Tenía que empezar a recabar información y las nuevas tecnologías actualizarían la idea, «además, soy un pintor pésimo». Lo primero que hizo fue conectarse a las redes y ver si su idea podía ser efectiva.

Abril sólo hacía que mirar hacia la puerta. En toda la tarde no había visto a su enfermero favorito, ni había pasado a saludar como siempre. Se negaba a admitir que deseaba verlo y que lo había echado de menos. Se regañó al pensar en él. Pero la historia de Blas y Epi la había emocionado. Era como ver una de esas películas del

Nicholas Sparks, llorando y sonriendo deseando vivir algo así. Pero lo de esos dos abuelos, a los que había cogido un cariño enorme, era real. Palpable cada día, en cada gesto que se profesaban el uno al otro sin darse cuenta porque formaba parte de su rutina.

Era un consuelo poder pasar con ellos la Nochebuena, aunque se sentía algo incómoda porque era una noche especial para ellos. Si hasta Blas había ido a comprar y había vuelto con una nevera, de las típicas de playa, con una botella de cava, jamón ibérico, polvorones y turrónes. Era su aniversario y ella estaba allí, pero por mucho que insistió le aseguraron que no era ningún estorbo y que estaban encantados de festejarlo con ella.



Julio se había guardado la hora del descanso para poder bajar con Abril hasta recepción. Cuando ella lo vio entrar con una silla de ruedas, se le iluminó el rostro.

Al verlo entrar, Epi se fijó en sus *Crocs*; ya era una costumbre.

—¿Así que hoy son rojos?

—Es Navidad —él le guiñó un ojo y, sonriendo, se bajó un poco el pantalón en la zona de la cadera dejando ver la ropa interior.

—Perdona, ¿les acabas de enseñar los gayumbos? —preguntó Abril, sorprendida.

—Dice que ir todo de blanco le recuerda a una novia. Y así le da color —la informó Epi sonriendo.

—¿Te apetece dar un paseo? —le propuso Julio.

—¿Vamos a salir? —Al oírlo, Abril soltó un grito y si no aplaudió fue porque le era imposible con el brazo escayolado.

—Hay algo que quiero enseñarte. Y te invito a un café.

—Suena genial.

En el ascensor, él se puso detrás y se agachó para estar a la altura de su cabeza y susurrarle al oído al tiempo que ponía un pañuelo frente a ella.

—¿Me dejas taparte los ojos? —Ella estaba tan sorprendida que no contestó—. Confía en mí.

Abril asintió nerviosa.

Las puertas se abrieron y salieron a recepción. El enfermero la condujo hacia la sala de espera junto al árbol de Navidad que estaba vallado para que nadie tocara la decoración. Julio se acercó y frotó sus manos en una de las ramas que sobresalía. Se

agachó frente a ella y se las apropió para que las oliera. Abril con la mano izquierda las acercó más y un dulce cosquilleo le incendió todo el cuerpo.

—Ohhh, como echaba de menos este olor. —Le besó las manos. Aún con los ojos tapados sabía que estaba sonriendo. El sonido tan característico y que tanto le gustaba de él, lo delató. Primero llevaba las comisuras hacia arriba antes de soltar el aire por la nariz, enseñar los dientes y reír plenamente. Julio con extrema sensualidad le quitó el foulard y se quedaron mirando sin siquiera moverse. Diciéndose con la mirada palabras que aún no eran capaces de pronunciar.

—¿Te gusta? —Abril volteó la cabeza hacia el abeto. Era muy alto, casi tocaba el techo. Estaba decorado con clásicas bolas rojas y doradas, y las luces eran pequeñas y plateadas—. Sé que no es lo mismo que estar en casa, pero...

Ella, emocionada con el detalle y por lo que le despertaba ese hombre, carraspeó buscando la voz.

—Es precioso, gracias. —Le dio un beso en la mejilla al tiempo que susurraba—: Feliz Navidad Julio.

—Feliz Navidad Abril —la imitó demorándose un poco antes de apartarse del todo—. ¿Te apetece un café? —le propuso el enfermero buscando una salida porque tener esos labios tan cerca era una deliciosa tortura. Quería esperar, por mucho que le costase. Blas le había dado una idea y pensaba aguantar hasta el final.

—¿Capuchino? —pidió sonriendo ella.

—Perfecto.

—No tardes.

«Me lo pido para Reyes» pensó, al verlo alejarse desde la gran cristalera.

Julio no tardó en volver con dos vasos de cartón en la mano y un paquete con dos galletas de nueces y pasas. Ella se lo agradeció, sobre todo después de probarlas y dar un sorbo a la bebida.

—Me encanta el nombre de la cafetería. El día que salga te invitaré ahí a lo que sea.

—Lo que sea —repitió él, sensual, despacio—, me encantará. ¿Y tendré que secuestrarlo o me lo darás? —preguntó, haciendo referencia al nombre del local “El secuestrador de besos”.

—Aún no lo he decidido —contestó ella, acompañando la frase de un coqueto parpadeo—. ¿Qué planes tienes para esta noche? Venga, dame envidia.

—Voy a Gua-da-la-ja-ra, a casa de mis padres. —Ella se carcajeó al oír cómo casi deletreaba el nombre de la ciudad. —No te rías, es de esas palabras trabalenguas, al menos para mí. Es un suplicio decir de donde soy.

Le contó que era hijo único y que sus padres eran mayores, tenían setenta años. Su madre enviudó a los treinta y cinco y después se casó con su padre, dos años más tarde. Él era maquinista de tren y amigo íntimo del anterior marido. La muerte los unió. Siempre creyeron que el problema de fertilidad en su anterior matrimonio era de ella, así que, cuando se quedó embarazada, la noticia los cogió de sorpresa. Su padre siempre había estado enamorado de su madre, pero se había mantenido apartado por respeto a su amigo.

—Seguro que también son de dormir cogidos de la mano. Se volcaron en darme lo mejor. Si hacía atletismo, mi padre venía a correr conmigo. Mi madre aprendió solfeo para ayudarme con las clases.

—Has tenido mucha suerte.

Alargaron un poco más la charla; sabía que era una falta de respeto para sus compañeros, pero estaba en ese punto en que aceptaría cualquier bronca si con ello podía quedarse cinco minutos más con Abril.

Si hasta se le pasó por la cabeza pedirle el alta y llevarla a casa de sus padres. Pero se lo pensó dos veces antes de actuar precipitadamente. Haría caso al consejo de Blas, despacio y dejando huella.



Era la una y media de la madrugada y Julio estaba tumbado en la cama con el nórdico de cuadros escoceses que lo había acompañado en su juventud. En las manos tenía uno de los regalos para Abril. Quería esperar al día de Navidad, pero al final las ganas le pudieron, se vistió de nuevo y, sin hacer ruido, se fue hacia el coche. Encendió la radio y con la ventanilla algo abierta para notar el fresco puso rumbo a Madrid. No se extrañó cuando lo pararon en un control de alcoholemia, pero no le preocupó. Con el problema renal que tenía su padre, hacía años que no se bebía ni gota de alcohol en su casa.

Cuando llegó al hospital, subió las escaleras de dos en dos hasta la cuarta planta. Saludó a sus compañeros que tenían guardia y se dirigió a la habitación 412. Antes de abrirla, respiró profundo y rezó para que todos estuvieran dormidos.

Agradeció la costumbre de dejar la persiana subida y que la luz nocturna de la calle dejara en penumbra la estancia. Se acercó a la cama de Abril sigilosamente y como un bobo la observó dormir. Durante esos dos días que llevaba allí había recuperado su color de piel, y sus labios volvían a ser jugosos, sobre todo el inferior, se

le antojaban demasiado exquisito. Nervioso, como si fuera un niño intentando coger una golosina del tarro antes de la cena, dejó el regalo cerca de la mano izquierda de la paciente. Elevó la barandilla para que con un gesto no lo tirara al suelo. Se llevó las manos a la cara y se la frotó intentando con ese gesto frenar sus impulsos, pero sirvió de poco. De un arrebato se agachó y se regaló un pequeño adelanto de su regalo. Cuando sus labios rozaron los de Abril, supo que ese pálpito que sintió al verla no se equivocaba. Quería aquello. Sus labios. A ella.

—Feliz Navidad —susurró y con verdadero esfuerzo se apartó y condujo sus pies hacia la puerta.

Estaba llegando a las escaleras cuando alguien carraspeó a su espalda. Al girarse se encontró a Blas sonriendo orgulloso.

—Dicen que los besos que se dan sin que la otra persona esté despierta y, con la posibilidad que nunca lo sepa, son los que salen del alma ¿Nos vemos mañana?

—Claro, este es sólo otro paso más. —Le guiñó un ojo—. Por cierto ¿me das tu teléfono? Así te llamo mañana y voy sabiendo qué tal va mi plan.

Le dijo los nueve dígitos mientras el enfermero los guardaba. Julio abrazó al anciano mostrando su gratitud y afecto.

—Gracias de verdad. Por todo lo que estáis haciendo por ella, por mí. No sé cómo...

—No es nada, compartir con vosotros este episodio es como revivir el nuestro. Epi está feliz, y yo también de verla a ella.

—Feliz Navidad, Blas.

Navidad

Estaba amaneciendo cuando Abril se despertó. Se quedó con la vista perdida, mirando más allá de la ventana. Le dolía estar lejos de su familia en un día tan especial, pero al mismo tiempo, algo, o mejor dicho alguien, hacía que ese hecho fuera un contratiempo sin más. Estaba contenta de estar donde estaba, a pesar de los percances y del estado tan poco agraciado y de la escasa movilidad que tenía.

Volteó la cabeza hacia sus compañeros de cuarto que dormían en la misma posición, pero algo llamó su atención. Sobre la colcha blanca de su cama descansaba un paquete rojo. Estaba tan cerca que no le supuso esfuerzo cogerlo.

Notó un ligero cosquilleo en los labios y el inferior tembló al ser consciente de quién podía ser. Con suavidad, pero impaciente, retiró la cinta adhesiva y no pudo frenar la sonrisa nerviosa que se le escapó.

Era una caja de latón roja con lunares blancos. Al abrirla, el olor a resina de pino le llenó los pulmones. Dentro había un escarabajo azul en miniatura, exactamente como el suyo, y atado al capó con un cordel banco y rojo, una rama de pino natural.

—¿Te ha gustado? —preguntó Blas, que se despertó al oírlo reír y se acercó.

—¿Dónde está? —llegó a pronunciar emocionada.

—Lo dejaron esta noche —contestó el pintor sin añadir más, porque se conocía y lo de guardar secretos no iba con él. Las ansias siempre acababan ganándole. Y ese día estaba impaciente por ver qué había preparado el muchacho.



Se pasó el resto de la mañana con la miniatura en la mano, oliendo la rama y esperando verlo aparecer. «Es normal que esté con sus padres, es Navidad... y si viene, será por la tarde», se decía, pero el deseo y las ganas la podían.

«¿Para qué va a venir si no trabaja hasta mañana?»

Sus padres habían llamado a primera hora, y le habían mandado un montón de fotos de los cinco, sobre todo de la pequeña.

El hospital se esmeró en la comida, pero ella no tenía hambre. Blas y Epi se esforzaron por hacerla sonreír, pero no lo conseguían. Ni ella misma sabía por qué estaba en ese estado. «¡No tiene sentido, sólo hace cuatro días que lo conozco!»

Aguantó hasta las cinco. Al ver a una de las enfermeras entrar, se dijo que era el momento. Era fácil, sólo tenía que preguntarle si tenía el teléfono de Julio. Pero la vergüenza se instaló en su garganta y fue incapaz de hablar. Se acordó de la noche que ingresó y la llamada a su madre desde el teléfono de él. Cogió el móvil de la mesita y se dio cuenta de que se había quedado sin batería.

—¡Maldito cacharro! —Desde el accidente funcionaba fatal, estaba deseando salir para ir a comprarse otro—. Blas, ¿te importaría ayudarme a cargar el teléfono?

Él se levantó y lo conectó y le dio un beso en el pelo. Ya le habían quitado el apósito de la frente y aunque estaba algo amoratada y llena de pequeñas heridas, su aspecto ya no era tan aparatoso.

—Gracias.

Al cabo de cinco minutos el teléfono empezó a pitar y por un momento todos pensaron que se había vuelto loco. Nerviosa, lo cogió y se extrañó al ver que eran notificaciones de Instagram. Alguien, no decía quién era, la había etiquetado en diversas publicaciones.

Julio, mirando su ficha médica supo sus apellidos y buscando en Facebook la encontró, además vio que tenía cuenta en Instagram. Su plan podía funcionar. Se creó él una cuenta y se pasó horas buscando imágenes que expresaran lo que sentía y deseaba.

—Pero, ¿y esto...?

Al abrir la primera exclamó algo ininteligible que se mezcló con la risa y el llanto y el dolor profundo de las costillas.

Era la imagen de una postal pintada por Blas. En ella se veían los dos en la sala de espera cerca del árbol y con Julio agachado frente a ella. “Nuestra primera Navidad”.

Emocionada y casi olvidándose de respirar fue pasando una por una.

* Una foto de la cafetería de al lado del hospital. *Primera cita y espero poder contenerme y no hacer caso al nombre del local. Por mucho que lo desee, intentaré ser todo un caballero.*

* Un bar y un grupo sobre un escenario. *Vendrás a verme tocar y me encantará saber que estás ahí, mirándome como una fan.*

* Calle desierta y la luz anaranjada de una farola de las antiguas. *Bajo cada una de ellas te besaré.*

* La mesa de un restaurante adornado con velas. *Te invitaré a cenar en un sitio romántico, aunque sólo piense en quitarte el vestido.*

* Una pareja bailando en una discoteca. *Iremos a bailar y me volverás loco con tus movimientos de caderas, pegada a mí.*

* Una mujer tumbada de espaldas y una mano masculina resiguiendo sus pecas. *Pondré nombre a las constelaciones de tu espalda.*

* Una habitación en blanco y negro y una pareja amándose. *Esperaré ver amanecer enterrado dentro de ti.*

Una deliciosa corriente eléctrica le recorrió el cuerpo y se atrincheró en su bajo vientre al imaginar esas escenas.

* Una carretera sinuosa de la sierra y una pareja en moto. *Sobre dos ruedas y abrazada a mi cintura descubriremos el mundo.*

* Una televisión y en la pantalla The End. *Por todas esas películas de las que nunca veremos el final.*

* Un pecho masculino muy de cerca, recortado justo por la zona de la cadera y cuello sobre unas sábanas de cuadros escoceses. *Despertarme a media noche por tus besos sobre mi piel.*

* Un escarabajo azul. *Buscaremos al mejor sustituto de Pitufito.*

* Una bandeja con un desayuno sobre sábanas blancas. *Por los desayunos de mermelada en la cama y las tardes de chocolate en el sofá.*

* Collage con la foto de sus padres y otra pareja que no conocía. *Conocer a los suegros.* Junto con el icono de la cara de susto.

Se preguntó cómo la había conseguido, y luego recordó que esa imagen era del día de su cumpleaños y la había subido a esa misma red social.

* Billetes de avión a Atlanta. *Acompañarte a conocer a tu sobrina.*

Soltó una carcajada al ver la siguiente.

* Un plato de croquetas. *Pelearnos por si son mejores las de tu madre o la mía.*

* Cartel de la marca sueca. *Nuestro episodio en Ikea. Me encantará pelearme contigo porque los metros no son iguales para ti que para mí.*

* Una caja de tampones. *Comprarte chocolate y chuches y mimarte en esos días.*

* Ella en la fiesta de fin de año, con un vestido negro muy corto, con un gran escote y dejando ver el ligero. *Mandarme fotos sexis sólo para torturarme porque he ido a ver el fútbol y te he dejado sola en casa.*

Estaba sorprendida. Conmovida. Lloraba y reía a la par. Le dolían las costillas, pero era incapaz de controlarse.

* Un ramo de flores. *Por todas las veces que te haré llorar, aunque no fuera mi intención.*

* Un collage lleno de animales, entre ellos hasta un hipopótamo. "Decidir si adoptamos un gato, un perro o una cacatúa".

* Un leñador. *Te prometo olor a pino siempre que lo desees.*

* Una foto de ella poco después de mudarse pintando una de las habitaciones en color verde. *Adaptarnos a las manías y locuras del otro..., aunque no comparta la decisión (ni el color).*

* Una pareja de luna de miel en una de esas casas flotantes de las islas Fiji. *Casarnos para poder hacer el viaje de nuestras vidas.*

* Un *body* blanco de recién nacido y con letras de colores la frase: “el primer año pasa cagando leches”. *Pañales, chupetes, preocupaciones.*

* Otro collage con las fotos de los padres más Blas y Epi. *Los seis abuelos de nuestros hijos.*

* Un padre e hija los dos vestidos con tutú. *Por ellos haré lo que sea.*

* Una imagen muy sensual de unos labios besando el cuello de una mujer. *Enfadarnos por el simple hecho de querer la reconciliación.*

* Una terraza con una piscina pequeña de niños y cuatro pies adultos chapoteando en ella. *Quedarnos sin vacaciones porque se hemos tenido que comprar una caldera nueva.*

* Una botella de cava y dos copas. *Cenas especiales sólo porque no hay nada que celebrar.*

* Un hombre abrazando por la espalda a una mujer. *Reírnos de nuestras primeras canas porque significa que envejecemos juntos.*

—Por tu sonrisa parece que son buenas noticias —insinuó Epi informada de todo por su esposo.

—Parece que alguien ha copiado tu idea, Blas. —Y giró el móvil para enseñarles las imágenes.

—Tú no me dibujaste esas perversidades...

—No fue porque no las pensara —le contestó, también en susurros, a su mujer.

—No dice quién es, pero lo intuyo. De hecho, lo sé. Es de la única persona por la que estoy dispuesta a todo.

—Ojalá os traiga una vida igual de bonita e intensa.

—Ojalá.

El teléfono de Blas sonó y el anciano salió, dejando a las dos mujeres repasando, ahora con más calma, las fotos.

—¿Ya lo ha visto? Llevo todo el día mandándole las fotos y no sé nada de ella. ¡Me va a dar un infarto!

—Acaba de verlo. Tenía el teléfono sin batería.

—Y... —carraspeó nervioso antes de seguir—, ¿cómo crees que va?

—Yo diría que estás a tres postales del cielo. —Julio soltó el aire que estaba conteniendo antes de hablar.

—Ya llego. —Estaba subiendo las escaleras hasta la cuarta planta. La desesperación había hecho que cogiera el coche y se presentara en el hospital tan pronto terminaron de comer.

Cuando Abril vio volver al anciano, les pidió que se pusieran de cierta manera e hizo una foto. Le dio a compartir en el mismo momento en que Julio cruzaba el umbral de la habitación y el teléfono le vibró en la mano.

Lo había etiquetado en una foto. En ella se veían las manos de los dos ancianos cogidos como los había visto dormir cada noche. *Dentro de cincuenta años seguiré buscando tu mano para dormir.*

Él, en dos pasos se acercó al sillón y se agachó frente a ella. Estaban nerviosos. Respiraban agitados hasta que él sonrió cómo a ella le gustaba, primero llevando las comisuras hacia arriba antes de soltar el aire por la nariz y enseñar los dientes.

—Sé mi regalo esta Navidad y todas las que vengan —dijo con la voz ronca cargada de anhelos el enfermero.

Ella como respuesta tiró de la bufanda y lo besó. Fue un beso lento distinto al ritmo desfogado de sus latidos. Sus cuerpos temblaron de felicidad, de pasión contenida y de vértigo frente a la fuerte sensación que los envolvió.

Epi dio un codazo a su marido que estaba embobado viendo a los jóvenes antes de pedirle algo:

—Ayúdame a levantarme. Creo que vamos a ir pronto de boda y mi cadera tiene que estar a punto, como mínimo, para bailar con el novio.

—Seguro que te recuperas hasta para seguirme en la conga.

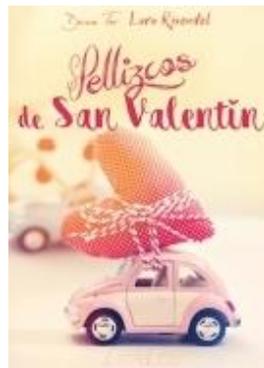


Agradecimientos

¡Qué bonita es la locura cuando es compartida! Queremos dar las gracias a Lorena del Blog Mis Momentos de Relax, a Tamara González y a Bela Bellini, que han añadido su pellizco de colaboración en estos relatos.

Y sobre todo, queremos darte las gracias a ti por habernos elegido para compartir un rato con nosotras en unos días tan mágicos.

Si te lo has pasado bien, en febrero volveremos dispuestas a tentarte de nuevo con *Pellizcos de san Valentín*.





*Feliz Navidad, lector
Un pellizco cálido,
Dona Ter y Lara Rivendel*
